

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N.º 27. — Agosto 9 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas a los dibujos y a la
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, a los Sres. A. Laplace y C^o, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. .. — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.
 PARA LA EUROPA, A ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.
 Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO

TEXTO. — Crónica de París, por JULIO LECOMTE. — Abd-el-Kader, por MÁXIMO VAUVERT. — Damasco (Syria), por LÉO DE BERNARD. — Los policemen de Londres, por ALBERTO DE LASALLE. — Correspondencia de Mesina, por DURAND-BRAGER. — Crónica de Madrid, por LUPERCIO. — Exposicion de la industria y de las Bellas-Artes, en Besançon, por J. BAISSAS. — Inauguracion del ferro-

carril franco-suizo, por L.-M. D'AGHONNE. — Lord Palmerston en la Cámara de los Comunes, por ALBEER. — Crónica de los Tribunales, por PETIT-JEAN.

GRABADOS. — Vista general de Damasco, por Morel-Fatio. — Abd-el-Kader, ex-emir de Mascara, protector de los consules y de los cristianos en Damasco. — Los Drusos asesinando a los católicos de Bei-Karedi. — Flotilla del Ringo, en Mesina, refugio de las

mujeres y de los niños que huyen de la ciudad. — Aspecto del puente de un buque de la flotilla de refugio — Combate de Milazzo, el 20 de Julio. — Retirada de las tropas napolitanas de Spadafora sobre Jesso. — Vista interior de la Exposicion general en Besançon. — Inauguracion del ferro-carril franco-suizo. — Lord Palmerston en la tribuna de la Cámara de los Comunes. — Mapa del Imperio otomano.



Un episodio del asesinato de los cristianos por los Drusos en Bei-Karedi.

CRONICA DE PARIS.

El antiguo marqués de Barges hizo al morir, ahora dos años, una extraña revelación: toda el ala izquierda de su casa de campo en la colina de Mantes, á corta distancia de Bosny, fué construida con piedras procedentes de la Bastilla.

El marqués había pasado cinco años en esta cárcel del Estado. El calabozo que ocupó, sin salir ni una sola vez siquiera á ver la luz del sol, estaba situado enfrente de otro en donde yacía el marqués de Sade, mengua de la especie humana, y contiguo á otro tercero en donde pasó algunas semanas un hombre honrado cuyo nombre vivirá siempre, Brissot de Warville. El marqués de Barges entró allí con los condes de la Fruglaie, de Châtillon, de Nétumières; con los marqueses de Montluc, de Carné, de la Feronière, etc., diputados de la nobleza bretona en Versalles. Pero sus amigos salieron poco tiempo después, y él, víctima de las venganzas de un triunfo galante, no cobró su libertad sino cuando se demolió la célebre prision de 1789. Era uno de los siete presos olvidados allí. El contratista de las demoliciones, llamado Palloi, hizo á sus expensas con las piedras procedentes de esta fortaleza ochenta y tres pequeñas Bastillas en relieve, con que gratificó á las capitales de los departamentos como un objeto de curiosidad. A éste compró el marqués de Barges los materiales que fueron transportados á los alrededores de Mantes, en donde los Manerville, con quienes están enlazados los Barges desde el tiempo de Luis XIV, poseían una tierra limítrofe al parque de Bosny.

El marqués de Barges recibió por herencia la tierra patrimonial de Manerville en 1771, y en 1789 empezó la construcción del ala conocida hoy con el nombre de la *Bastillita*, en memoria de los sombríos materiales que Palloi trajo por el Sena que lame las praderas de la quinta. Esta ala sólo tiene un piso sobre el bajo, y la única pieza que comunica con la quinta, llamada de los emperadores (porque en ella se colocaron en tiempo de Luis XV doce bustos de mármol de los emperadores romanos), fué minuciosamente construida y dispuesta como el calabozo que el marqués ocupó durante cinco años en la terrible prision de Estado.

Pero lo mas particular y curioso del caso es, que desde el día en que este cuarto estuvo disponible, el marqués hizo transportar á él un ajuar de preso, y nunca dejó de dormir en él mientras habitó en la quinta. Una vasta ventana, en la dirección del Sena, y cuyas persianas se abrían por medio de un resorte colocado cerca de su lecho, permitía cada mañana al antiguo prisionero la satisfacción de deleitarse con su libertad y con la risueña perspectiva de los bosques y montañas. Apenas despierto y saboreada esta dulce sensación, el marqués pasaba á la quinta á un cuarto de tocador lujoso y confortable. Este capricho, esta manía del anciano, duró hasta el último día de su vida, muriendo en la *Bastillita* en junio de 1855.

M. Paul de Manerville, que habita en los veranos esta quinta con su respetable madre, ha tenido la idea de convertir la *Bastillita* en una especie de museo-biblioteca de todo lo que ha podido reunir sobre la revolución procedente del 89, á la cual el anciano marqués debió su libertad, su vida. Ha logrado en uno de los departamentos del Mediodía un modelo en piedra de la prision de Estado, de los que regaló el contratista de las demoliciones á las ochenta y tres capitales. El monumento ocupa el centro del cuarto-calabozo y las paredes cubiertas de estantes cargados de libros y manuscritos contiene toda la biblioteca especial donde están hacinados estos tesoros. El costo total de esta obra pasa de cien mil francos. Una primera edición del *Monitor* y de

los boletines de los ejércitos franceses perteneció al vizconde de Chateaubriand y está cubierta con notas de su mano.

Hemos admirado en la quinta de Manerville una palmera de ochenta pies de elevación: su inmenso follaje está formado por sesenta abanicos. Para abrirla, se ha construido una especie de torre de hierro colado y de cristal, que costó 1,600 francos. Para darla la atmósfera abrasadora de Africa, se gastan 1,000 francos anuales en la estufa.

Y, cosa singular! en la corteza de esta palmera han nacido varios insectos extraños, enteramente desconocidos en nuestros climas, escitando la curiosidad y el estudio de muchos profesores naturalistas. El príncipe de Canino pasó en 1854 ocho días en la quinta, espresamente para estudiar esta palmera de estatura tropical y los singulares habitantes de su corteza.

Sin duda deben encontrarse estos estudios en los papeles científicos que dejó el príncipe académico.

La hija mayor de la viuda de Manerville se casó, hace ocho años, con un rico español, enlazado con los Mendozas, el conde de Marinar. Esta familia compró en 1852 una de las posesiones mas pintorescas por su situación en las costas marítimas de Normandía, á tres leguas de Trouville. La finca de Affrigny se extiende desde la casa de campo hasta una milla del mar. En la falda de la costa se encuentra el *Chatelet*, abandonado desde la muerte del hijo mayor del conde, que se mató cayéndose de un balcon cuyo barandal se desprendió de la pared con el peso de este niño y desunodrizó. Desde aquella época todas las mujeres de la familia pretenden, aseguran y creen á pies juntillas que el niño vuelve cada noche al *Chatelet*, acusando á la nodriza, aldeana normanda, de haberle dejado caer imprudentemente. Porque la nodriza vive aun, aunque le costó un brazo roto y una costilla hundida.

Por lo demás, la quinta también tiene su aparición, confesada por los hombres de mas juicio, aunque no estimulan á ponerla á prueba á los amigos que vienen á hacer sus visitas. En el *Chatelet* es el alucinado oído de una madre sumergida en su dolor, desesperada, el que forja esos quejidos infantiles; pero en la quinta es toda una historia de Ana Radcliffe! La otra noche, estando tomando el té en el salon encarnado uno de los dueños de la casa, contó una historia á los huéspedes, quienes la escucharon pálidos de pavor y se retiraron á dormir estremecidos. El acontecimiento tiene lugar desde principios del mes de octubre y continúa hasta fines del invierno, cesando en el instante en que principian los árboles á cubrirse de verdura. Al caer la noche, si alguien sube la escalera de la quinta señorial, vé precederle á algun trecho una sombra blanquecina. Si el que sube apresura el paso, ella también le apresura; si le retrasa, ella sigue el mismo compás: si aquél se al dintel de una puerta, ella se para delante, y si uno desaparece, el duende se oculta también. El fantasma necesita compañía. Su forma es la de una mujer delgada y pequeña, envuelta en un sudario con una capucha que cae sobre la cabeza cubriendo el rostro. Por mas lúgubre y oscura que esté la escalera, se percibe siempre en la sombra de la noche su silueta vaga, livida, del color de la luna. Sus pasos son silenciosos, insensibles, parece que se resbala.

Se ha tratado de varios modos de sorprender ó de espantar al espectro; y todo ha sido en vano: ya subiendo con una linterna encendida oculta bajo una capa y arrojando de repente los rayos de luz sobre la aparición. Al mas imperceptible brillo de la linterna el fantasma se desvanecía, como se borran con la claridad los dibujos fosfóricos trazados en la pared. Ocúltase la linterna y la misteriosa figura aparece de nuevo... conservando siempre la distancia matemática entre ella y el observador, que en

vano trataría de asirla, toda vez que el fantasma fuese corpóreo, material. Durante el último mes de marzo la tiraron un pistoletazo y la bala se clavó en la pared después de atravesar el espacio medio en que se encontraba la aparición, la cual permaneció impasible, constante, inmóvil en su mismo sitio. Así la historia.

Hicieronse investigaciones acerca de los antiguos habitantes del castillo y no se encontró sino lo siguiente, como explicación de estas apariciones:

M^{lle} de Nyèvres, hija del conde de Nyèvres, prefecto bajo la Restauración, había concebido una loca pasión por su cuñado, de cuyas resultas, y á fuerza de sofocar este sentimiento ilegítimo, su razón comenzó á alterarse notablemente. Empezó por negarse á permanecer en Paris durante el invierno, y por exigir de su familia que todos los años la llevase á pasar una larga temporada en el castillo. En el invierno de 1838 la infeliz murió víctima de una especie de consunción lenta. Por una singular manía, propia de su estado, suplicaba en su testamento que dejasen cerrada la puerta de su cuarto durante un período igual al número de años que ella tenía al morir; y como entonces contaba veintidos, la habitación debía permanecer cerrada, en cumplimiento de esta original disposición testamentaria, hasta 1860. Pero la revolución de febrero vino á hacer imposible el mandato de la difunta. La familia de los Nyèvres sufrió grandes pérdidas en su fortuna con motivo de los disturbios de aquella época, y se vió en la necesidad de vender el terreno á un armador del Havre, M. Per..., quien á su vez le revendió en 1852 al conde de Marinar, su actual propietario. El abandono en que el edificio había permanecido por espacio de tantos años hizo necesarias, en concepto del nuevo poseedor, algunas reparaciones; y como en el plano de las obras se encontraba el cuarto de la difunta, abrióse al fin, estableciendo en él una puerta de comunicación con otra pieza vecina. Por consecuencia, la cláusula del testamento fué violada inocentemente, puesto que el último comprador no tuvo conocimiento de ella. De aquí pretenden algunos que el espectro de M^{lle} Alfredina de Nyèvres es el que vaga por aquellos contornos, y que mientras dure el estío, se le verá todas las noches andar errante por los campos.

Todo cabe en lo posible; pero nosotros no salimos garantes de que sea esta la verdadera causa de la mencionada aparición.

Una parisiense que llegó el domingo último á la quinta de Trouville, donde piensa permanecer por algun tiempo, nos contó una curiosa historia conyugal, autorizándonos para referirla á nuestros lectores.

M. y M^{ma}. Dupl..., casados segun prescribe nuestra Santa Madre Iglesia, no son precisamente el mas acabado modelo de esposos. El señor pasa la mitad de la noche en el círculo, jugando al chaquet, y el resto... él y Dios lo saben. La señora, á su vez, hace misteriosos y frecuentes viajes á Versalles. El mes anterior, un día en que la señora tuvo, como de costumbre, la curiosidad de saber si haría mas fresco bajo las bóvedas de ramaje del pequeño Trianon que sobre el asfaltado pavimento del boulevard, se encontró con su marido en uno de los coches del ferro-carril! Asombráronse en un principio de encontrarse allí, y, lo que es consiguiente, comenzaron las explicaciones de parte á parte. La señora, cuya verbosidad y persuasiva elocuencia envidiaría un novel diputado á Cortes, se explicaba como un libro abierto, pretendiendo confundir á su señor marido bajo el peso de una lógica inflexible; pero éste debió encontrar los silogismos de madama un poco sofisticados, y para reforzar en algun tanto sus propios argumentos, débiles en concepto de su cara costilla, la encajó un soberano bofetón de cuello vuelto por vía de apéndice. Por fortuna se hallaban solos

en un wagon. La señora, en vista de tan contundente dialéctica, calló su boquita, echóse el velo sobre la cara, tomó el tren de retorno en la primera estación, y acto continuo se fué á casa de su abogado á contarle el lance.

— Decídme, caballero — preguntó roja de cólera y del susodicho bofetón al intérprete de la ley — ¿hay motivo suficiente para una separación?

El abogado la suplicó que bañase su encendida mejilla en una poca de agua, y que tranquilizase su espíritu. Después, oponiendo el código á la exasperación del marido, y el formulario médico á la irritación de la mujer, hizo comprender la ley á su cliente mientras la propinaba un vaso de agua de flor de naranja. La ley — añadió el licurgo — exige la presencia de testigos para que esta clase de ultrajes puedan tener valor judicial. Es así que usted no los tiene, luego soy de opinión que no debe usted llevar adelante un negocio que no daría resultado alguno. La esposa ofendida salió de allí con la mejilla pálida; pero con el espíritu ajitado.

Hallándose demasiado indignada para volver al domicilio conyugal, determinó marchar á casa de su madre; pero ésta había partido para Trouville. Nuestra heroína se decidió á acompañarla, y salió de París en aquel momento. Pasaron quince días. La viajera supo en su voluntario destierro que su señor esposo daba una comida, el domingo siguiente, á una docena de amigos. Al tener conocimiento de esta noticia, tomó el vapor, desembarcó en el Havre, y el sábado, víspera del convite, su encuentro de vuelta en París, aunque sin presentarse por el momento á su media naranja. — Al día siguiente, cuando se hallaban los convidados á la mitad de la comida, entró bruscamente en la sala, y se dirigió hacia su marido, sentado junto á una bella Inglesa, la que, según parece, desempeñaba las funciones de ama de casa en ausencia de M^{me} Dupl...

— Caballero, — le dijo con firmeza levantando la voz de modo que pudieran todos oírle, — el otro día me pegó usted un moquete de primera clase en el wagon del ferrocarril. Creo que no lo habrá usted olvidado! Yo esperaba utilizarle para separarme de usted, pero de nada me ha servido. — En este supuesto, vengo á devolvérsele á usted.

Y... paf!... sin darle tiempo á su estupefacto marido de comprender el negocio, le encajó un bofetón de padre y muy señor mío, que le hizo ver las estrellas como vulgarmente se dice.

Los circunstantes quedaron asombrados.

— Pues, señor, — dijo uno — esto es lo que se llama pagar en la misma moneda.

— Es que las cuentas claras contribuyen á mantener la buena amistad — añadió otro.

— Se conoce que la niña no es manca — repuso un tercero.

— Señora! — dijo á su vez M. Dupl... así que volvió de su sorpresa: — Cuando hace seis años fui á pedir la mano de usted á su familia, estaba muy lejos de imaginar el uso que haría usted de ella.

— Caballero, la ley exige testigos para que esta clase de ultrajes puedan motivar una separación: yo espero que usted usará del derecho que acabo de darle entablándolo desde luego la demanda...

— Bien, bien, ya arreglaremos eso. Entre tanto, ¿quiere usted aceptar una lonjita de banana?... Juan, una silla para la señora.

Pero todo el aplomo de M. Dupl... no fué suficiente á volver á la sociedad su anterior animación. Varios convidados se levantaron de la mesa y se retiraron so pretexto de urgentes ocupaciones. Madama Dupl... desapareció también. Al día siguiente de esta original

expedición estaba de vuelta en Trouville, y el próximo domingo comía en la quinta de Affrigny, donde la heroína refirió la aventura. Yo á mi vez la confío á mis lectores encargándoles el secreto.

~~~~~ El jardinero del conde de Mort... es un antiguo cabo de cazadores á caballo, á quien sucedió, hace quince años, una extraña y fúnebre aventura. A pesar de los años que han pasado, el infeliz no puede referirla sin que ajite sus miembros un estremecimiento nervioso. Nosotros la escuchamos hace pocas mañanas de su misma boca, y tal como se la oímos la vamos á referir á nuestros lectores.

En cierta ciudad en que se hallaba de guarnición nuestro antiguo cazador de á caballo, se estaban haciendo algunas excavaciones en un terreno próximo al cuartel, con objeto de anexionar otros departamentos á este edificio. El terreno de que hablamos había formado parte de un antiguo cementerio, según pudo inferirse por la multitud de restos humanos que se encontraban por donde quiera. En su virtud, la autoridad mandó practicar á pocos pasos de allí una profunda fosa, para ir depositando en ella aquellos mortales despojos.

Una noche, varios soldados de la guarnición, reunidos en una de las cuadras del cuartel, conversaban acerca del fúnebre incidente; y mientras los unos manifestaban un miedo supersticioso por tan inesperada vecindad, no faltaban entre ellos *espiritus fuertes* que se mofasen á boca llena de los muertos y de los que creen en apariciones. A este último número pertenecían nuestro cabo de escuadra y un trompeta:

— Apostemos, — dijo el trompeta al cabo — ya que te burlas de los muertos por echártela de valiente, á que no vas esta noche á sacar una calavera de la fosa.

— Qué apuestas á que voy? — repuso el cabo.

— Cerveza á discreción para todos los que estamos presentes.

— Está dicho! A las doce y cinco minutos ha de estar aquí la calavera, ó pierdo el nombre que tengo; con que prepárate á aflojar la mosca.

— Corriente! allá lo veremos! — replicó el trompeta en tono de confianza.

Los circunstantes se dividieron en dos partidos: los tímidos y supersticiosos y los osados é incrédulos. — Los unos censuraban esta bravata impía: los otros la aprobaban y de antemano saboreaban la cerveza que los contrincantes habían prometido en abundancia. Dieron las doce... A la primera campanada, el cabo salió de la habitación con seguro paso, y avanzó hacia la fosa que servía de cementerio provisional.

La noche estaba nebulosa, y las tinieblas eran tan densas, que no permitían distinguir los objetos á una vara de distancia. Nuestro héroe, armado á prevención de una pequeña escalera, llegó á la embocadura del osario, apoyó el extremo inferior de la escala sobre las osamentas, y, sin que su espíritu vacilase en lo mas mínimo, descendió hasta el fondo de la temible fosa. Allí la oscuridad era mayor aun. — Agachóse para cojer el objeto convenido; pero tonta por acá y por allá, su firme y serena mano tropezaba sólo con fémures, tibias, costillas y otros fragmentos de esqueleto. Preciso es confesar que durante esta penosa requisitoria no turbó el corazón de nuestro valiente cabo ni la mas ligera emoción, y que se encontraba en aquel fúnebre pozo tan sereno como en el cuerpo de guardia.

Por fin, después de algunos minutos, su pié tropezó con un objeto mas redondo que los otros. Era una calavera. Cojióla, pasó los dedos de la mano derecha por las cavidades de los ojos, y requiriendo su escala, comenzó á subir murmurando:

— Pues, señor, como el grado de sarjento me fuera tan fácil de ganar como la apuesta, mañana me ponía los galones!

Pero cuando ya tocaba el extremo de la escalera, una voz cavernosa y lamentable se elevó del fondo del osario, diciéndole:

— Desgraciado!... Impío! ¿por qué vienes á robar los despojos de mi cuerpo, dí?... Profanador, sacrilego, suelta mi calavera!

El cabo se detuvo al oír este fúnebre acento, más sorprendido que asustado. Pero en seguida sintió que la escalera vacilaba bajo sus piés á impulso de un sacudimiento vigoroso.

— Suelta mi calavera!... suelta mi calavera!... repetía la angustiada voz.

Y la escala era cada vez sacudida mas violentamente.

— Voto á mil bombas! — gritó el soldado. — Toma tu calavera y cállate, maldito.

Y diciendo esto el cabo la bamboleó en el aire arrojándola al fondo de la fosa con toda la fuerza de su brazo... Un terrible grito contestó al violento choque de aquel resto humano.

Sobrecogido entónces por un terror súbito, el militar ganó por último el borde superior, y echó á correr hacia el cuartel con toda la fuerza de sus piernas.

Llegó á la cuadra, donde estaban sus amigos esperando el resultado de la fúnebre expedición, pálido y cubierto de un sudor frío, y les contó el horrible incidente. El espanto se dibujó en todos los semblantes. Algunos quisieron ensayar una sonrisa burlona, para acusar al cabo de haber padecido un alucinamiento... pero en realidad nadie reía sino de dientes á fuera.

— Pero ¿donde diablos está el trompeta? — se preguntaron echando de menos al que por su loco desafío había sido causa del sacrilegio.

— Bah! repuso el cabo un tanto repuesto de su emoción, — ese bergante ha tenido miedo de pagar... y ha hecho la procesion del niño perdido.

Y como la aventura del cabo había quitado á todos las ganas de beber, se dieron mutuamente las buenas noches y se marcharon á la cama.

Al día siguiente, á la hora de comenzar los trabajos, se encontraron al infeliz trompeta en el fondo de la fosa. Estaba muerto. El cabo, al lanzar á la casualidad la reclamada calavera, había roto el cráneo del profanador que, para meterle miedo y ganar la apuesta, había ido allí á remedar la voz de los muertos.

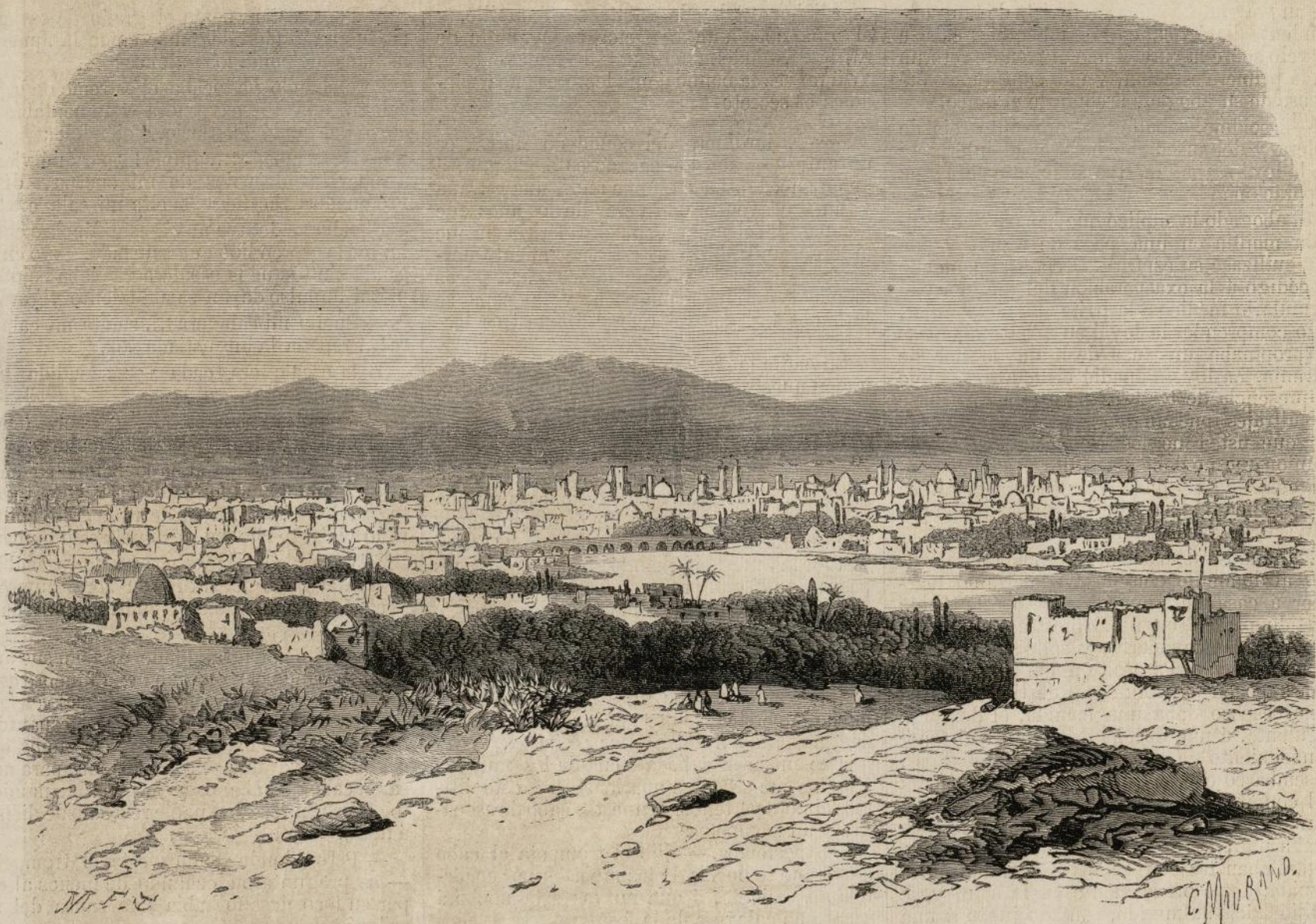
~~~~~ No podemos menos de citar tributándole dignos elogios, cierto rasgo de un banquero, rasgo noble y poco comun en medio de esos numerosos casos de quiebras fraudulentas admitidas ya como moneda corriente en nuestro ilustrado siglo.

Un banquero de Reims, gratuitamente comprometido con la quiebra de la casa de Paris L... de Ch... se vió en la dura necesidad de suspender sus pagos. Llamó á concurso á sus acreedores, demandándoles respiro: concediósele y puso resueltamente mano á la obra de su reedificación. Despachó su familia á una aldea á vivir entre las mas estrechas privaciones, dándole él mismo el ejemplo y juró no volver á poner el pié en la calle, ni ver á alma viviente hasta que hubiese logrado reintegrar á sus acreedores capital é intereses.

A los cuatro años había reembolsado el sesenta por ciento y hoy es un opulento capitalista cuya palabra vale mas que el oro.

JULES LECOMTE.

(Trad. A. L. de B.)



Vista general de Damasco, dibujo de M. Morel.

Abd-el-Kader.

Los deplorables sucesos de la Siria han sacado á la luz pública un nombre que el destierro dejaba en una oscuridad religiosa. Este nombre árabe, que han pronunciado temblando las madres francesas durante catorce años, este nombre, escrito con sangrientos caracteres desde las riberas del Chelif hasta las arenas del Sahara, acaba de ser revelado al reconocimiento de todos los cristianos. Todos bendecimos hoy el nombre de Abd-el-Kader, quien no ha temido arrostrar el motin furioso de los asesinos de Damasco, para arrebatarles los cónsules y los cristianos, quienes han encontrado en su retirada mansión un refugio hospitalario, y á quienes la energía, el prestigio religioso y los fieles ginetes argelinos del antiguo emir, han sabido defender contra el feroz fanatismo de los Drusos y de la población musulmana.

Este hombre de cincuenta y tres años, cuyas facciones puramente acentuadas denotan una firmeza llena de inteligencia, cuyas estremidades aristocráticas harían creer en su santa genealogía, que él hace ascender hasta el Profe-

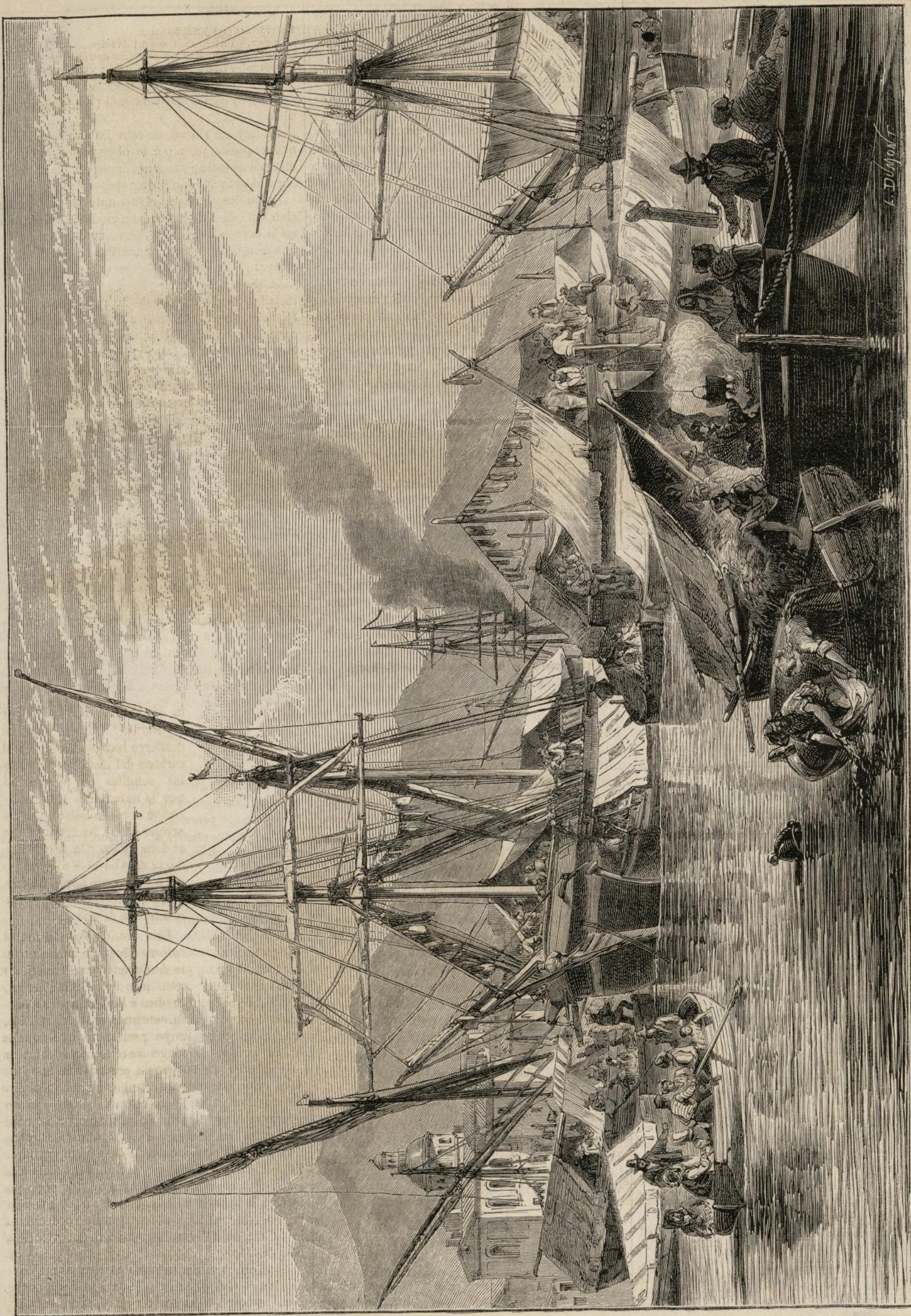


Abd-el-Kader, ex-emir de Mascara, protector de los cónsules y de los cristianos en Damasco.

ta, se habrá hecho mejor por la derrota? Quince años de destierro han madurado en el corazón del moderno Yugurta las semillas de humanidad que la naturaleza y la civilización europea habían podido arrojar en él? No creemos que se deba atribuir la noble conducta de Abd-el-Kader en Siria á las largas horas de meditación que ocupan ordinariamente á la desgracia.

Este hombre que, durante catorce años, fué enemigo de la dominación francesa en Argel, que desde 1832 á 1846, predicó é hizo la guerra santa, este guerrero *hadgi* (santo), cuyo prestigio militar no se plegó sino ante la sabia y enérgica persistencia del mariscal Bugeaud, ha sido calumniado mucho tiempo en Francia. Cuántos asesinatos cometidos en los prisioneros franceses no le han sido atribuidos, de cuántas crueldades no ha sido acusado, cuántos juramentos falsos no se le han tachado, cuánto no se ha dicho en tiempos pasados para hacer odioso el nombre de Abd-el-Kader?

Y sin embargo, el hijo de Hadji-Ouled-Mahiddin ofrecía un día, en lo mas fuerte de las



Flotilla del Ringo cerca de Mesina, sirviendo de refugio á las mujeres y niños fugitivos de la ciudad, segun el dibujo enviado por nuestro correspondiente M. Dura a Zúgarr.

hostilidades, en una carta notable escrita á Luis-Felipe, un cange de prisioneros. No respondiéndole el rey, Abd-el-Kader envia un segundo mensaje, en el cual dice al soberano de los Franceses: « Te he ofrecido el canje de los prisioneros; no me has respondido, no por esto te dejaré de enviar los que yo hago. He cumplido con mi deber; cumple tú con el tuyo. » Y los prisioneros franceses fueron devueltos el mismo día.

Al declinar su poder, cuando varias tribus y el emperador de Marruecos le habian abandonado, se sabe que algunos soldados caidos en manos de los Arabes han sido degollados despiadadamente. Hácese recaer esta infame crueldad en el emir, el cual responde á sus acusadores: « Porqué me acusais, cuando sabeis que me hallaba á cien leguas de distancia? Y si no he podido castigar á mi vuelta, es porque ya no tenia fuerzas; rehusaban obedecerme. » El carácter de Abd-el-Kader ha sido caballeresco siempre: en otro tiempo en Argel, como hoy en Syria, ha mostrado que latia un noble corazon bajo su blanco albornoz.

Qué resolución mas caballeresca que la que le hace rendirse al general Lamoricière á quien envia á decir: « He luchado bastante; podria retirarme aún al desierto; pero veo que Dios no aprueba mi empresa. Si tienes voluntad y poder para conducirme á Oriente, como me lo propusiste en otro tiempo, me rindo á tí; hazme conducir allá. »

Era el segundo ejemplo de noble confianza en su adversario que nos presentaba la historia contemporánea. Habiamos visto ya al gran vencido de Waterloo ponerse generosamente en manos de sus enemigos, despues de la derrota. Pero la grandeza de alma no aprovecha á nuestros Temístocles modernos. El uno, en vez de tomar asiento en el hogar británico, se ve transportar á Santa Elena; el otro, despues de haber recibido la promesa del hijo de un rey, lejos de hacer vela para el Oriente, es conducido prisionero á Tolon.

Felizmente para gloria del nombre francés, el descendiente de Napoleon I ha apreciado, en su magnanimidad, los sentimientos caballerescos de Abd-el-Kader, haciéndole poner en libertad el día mismo de la proclamación del imperio (2 de diciembre de 1852), y mandándole conducir á Brouse algunos días despues.

La abnegación de que acaba de dar pruebas el ex-emir de Mascara en favor de los cristianos del Líbano, el reconocimiento que ha profesado siempre á Napoleon III, demuestran bastante el noble carácter de Abd-el-Kader y protestan contra la bárbara ferocidad de los musulmanes de Syria, quienes, dígame lo que se quiera, no encontrarán disculpa para sus crueldades en el texto del Corán.

MAXIMO VAUVERT.

(J. R.)

DAMASCO (SIRIA).

Despues que el viajero ha franqueado la última garganta de la montaña que forma la punta superior del Anti Líbano, apercibe tendida á sus pies una vasta y rica llanura, en medio de la cual se alza la ciudad de Damasco, reflejando los ardientes rayos del sol de Siria, las blancas azoteas de sus edificios, los agudos minaretes de la mezquita Zekie y las vastas galerías de sus palacios y de sus bazares. Una anchura y antigua muralla, flanqueada de torres no menos antiguas, circuye la ciudad, á la que domina el castillo.

La naturaleza parece haber acumulado sobre esta espléndida llanura todas sus prodigalidades para felicidad del hombre. Una lozana vegetación cubre constantemente la tierra de frutos y de flores en variedad infinita. Contribuyen á esta

asombrosa fertilidad las aguas de los arroyos y de los pequeños ríos que descienden de la vertiente oriental del Anti-Líbano, — y que bordan con sus linfas las inmediaciones de Damasco, despues de haber recorrido una sucesión de valles admirablemente cultivados, — el brillante sol de aquel hermoso cielo sin nubes, y el calor de la atmósfera.

Vénse allí, enlazadas á los seculares troncos de los sicomoros siempre verdes, cepas de enormes racimos, de los cuales estraen los maronitas ese famoso vino de Oriente, que por su bello color ha merecido el nombre de *vino de oro*; largas filas de frondosas moreras, que alimentan millones de gusanos productores de esas magníficas sedas de Levante que por tanto tiempo se disputaron los fabricantes lioneses; campos inmensos sembrados de tabaco, cuyas estimadas hojas abastecen los depósitos de Latakíé; á lo largo de los arroyos, el algodonero que mezcla sus blancos penachos con las brillantes flores de las adelfas. Aquí, el olivo crece al lado del árbol de la goma; allá, los naranjos y las palmeras maduran sus dorados frutos á los rayos del fecundante sol, entre los alfonsigos, los bananos, y los...

Pues bien, esta fértil llanura, esta populosa ciudad donde las caravanas vienen á depositar las riquezas del Líbano; este país cuya configuración geológica damos hoy en nuestro mapa de Siria, esta tierra bendita, está siendo teatro de horribles crímenes. La muerte pasea su ensangrentada planta por esas generosas campiñas que producen dos cosechas por año; el incendio consume las rubias espigas que no esperan ya sino un poco de trabajo para rendir al hombre sabroso y abundante alimento. La hermosa ciudad que los Orientales llaman uno de los siete paraísos es hoy día el centro de cuantos horrores puede inventar el bárbaro desbordamiento de las pasiones fanáticas. Torrentes de sangre cristiana han corrido por las calles de Damasco, y el humo de los edificios abrasados ha cubierto de negras y fatídicas nubes el hermoso cielo de la Siria.

Los asesinatos comenzaron el lunes 9 de julio á las dos de la tarde, y á las 11 de la noche se contaban ya quinientas víctimas, degolladas las unas, abrasadas las otras en los conventos, en los consulados y en las iglesias. Los representantes de las naciones europeas, amenazados de muerte por la barbarie musulmana, tuvieron que refugiarse en casa de Abd-el-Kader, quien en tan críticos momentos les ofreció generosamente una peligrosa hospitalidad.

El noble emir, dando pruebas de un valor heroico, hizo desesperados esfuerzos por arrancar á las víctimas de las manos de sus verdugos, y de la cólera de los dos bajás á los cuales enviaba repetidos avisos demandándoles socorros. Pero todo fué inútil: las escitaciones de un salvaje fanático prevalecieron contra sus prudentes consejos, y las autoridades turcas, en vez de secundarle en la represión de los asesinatos, permanecieron impasibles ante aquellas sangrientas escenas. Gracias á esta criminal apatía, los degolladores pudieron continuar á placer su obra de esterminio, y Abd-el-Kader tuvo que limitar su protección á los cristianos refugiados en su casa.

Ismail-Bajá, á la cabeza de un cuerpo de mil ochocientos hombres de tropa de línea, salió de Beyruth el 16 con dirección á Damasco. ¿Habrá llegado á tiempo de socorrer oportunamente los veinte y cinco mil católicos que habitan aquella ciudad?

LEO DE BERNARD.

(Trad. F. de la V.)

LOS POLICEMEN DE LONDRES.

Los *policemen* protegen el robo inocentemente. — Finura de los *policemen*. — Un tren de Cacos á toda máquina. — Los *policías-luciérnagas*. — Costumbres nocturnas de Londres del sábado al domingo. — La Conquista de un ponche y angustias de un cafetero.

Londres es por excelencia el país de lo imprevisible.

No hay un rincón en esta Babilonia moderna que no preste pábulo á la observación, y que no obligue al extranjero á quedarse con un palmo de boca abierta al contemplar ciertos cuadros.

Entre los tipos chocantes que pululan en las cien mil calles de la inmensa ciudad, agolpándose en la cartera del turista, hay uno de los mas dignos de estudio, de los mas fecundos en observaciones: el del eterno *policemen* que, día y noche, á todas horas, monta la guardia á la puerta, junto al bolsillo del visitador de la ciudad del *Támesis humbrío*, que dijo Martínez de la Rosa, haciendo concebir con su vigilancia una idea tan ventajosa de la seguridad pública que nadie piensa en estar sobre sí, y por ende, todos caen en las garras de los adoradores de Mercurio. (Cuanto mas *policemen* haya, tanto menos se sujeta la cadena del reloj: cuanto menos prendida esté esta, tantos mas Cacos habrá que la echen mano: elévense estos Cacos á la quinta potencia y el gobierno inglés procederá á la operación matemática correspondiente, siendo el *policemen* la base y el esponente, etc., etc.)

Este funcionario ambulante, por lo demás en extremo simpático, es una curiosidad preciosa, indígena, característica de Londres.

Su exterior es dulce y manso: su rostro, brillante, orondo y robusto, es el símbolo de la bonhomía: su continente digno, mesurado su paso, sus ademanes modestos, y su ojo avizor, disimula la ardiente mirada bajo el velo de la melancolía y de la indiferencia, lo cual es á la vez un ardid y un testimonio de respeto hacia los transeúntes. ¿Es el gato que duerme para echar mejor la zarpa al ratoncillo? ¿Es el vigilante que hace la vista gorda á las travesuras infantiles de los alumnos para evitarse la pena de castigarlos? Lo ignoro; pero al ver vagar negligentemente á los *policemen* de Londres, cualquiera pensaría que el *pick-pocket* es una raza estinguida, y que, muerta la caza, se conserva al cazador su prerrogativa en remuneración de sus proezas.

No obstante, creerlo así seria un error craso: la raza de los *pick-pocket* está hoy mas robusta, mas lozana y florida que nunca.

Pulula y se multiplica, como todas las especies nocivas, hasta tal punto, que la Inglaterra se ve en la imprescindible obligación de esportar una cantidad considerable á Paris. (Ojo al Cristo!)

Una noche, vimos cojer en la parte mas céntrica de Picadilly á un par de Cacos que se resistieron como energúmenos á la idea de dormir á la sombra. Eran un hombre y una mujer: aquel se debatía como un púgil, lanzando en todos sentidos tremendos golpes de *box*, en tanto que aquella habia tenido por conveniente echarse sobre la acera, como en su propia cama, simulando un vivo ataque de nervios. Ambos lanzaban al aire desaforados gritos; pero en vano. Dos *policemen* gigantes se apoderaron de mi gladiador, sujetándole entre las tenazas de sus robustos brazos, mientras que otros dos cofrades se engancharon literalmente á la mujer y con una impasibilidad estoica la arrastraban al arroyo, tomando por intervalos el trote de cabalgadura á guisa de trineo. Aun cuando hubiesen puesto ruedecillas á la infeliz no hubiera llegado con mas velocidad á su destino.

La escena pasaba en una de las calles mas concurridas de Londres: eran las nueve de la noche, numerosísima la concurrencia y, ¡cosa extraña!

ni un transeunte siquiera se dignó volver la cabeza, ni interrumpir la velocidad del trineo, ni consagrar una mirada á tan escandaloso cuadro! Los ingleses deben estar hastiados hasta de ladrones; en cambio París tiene millares de curiosos que se paran á ver volar una mosca. No pude ménos de hacerme esta reflexion mental en medio de este espectáculo.

El uniforme de los policemen recuerda en su sencillez elemental el de los colegiales parisienses antes de la era de la levita y del képis. Compónese de un pantalon negro de forma ordinaria, de un frac del mismo color con un solo rango de botones de plata, y de un sombrero redondo, al cual el policeman echa mano cuando aconseja á un gentleman que no grite mucho en la calle por la noche, ó que no se pare en la puerta del teatro en los momentos de salir el público.

Estos honores que se tributan á un gentleman son fáciles de conseguir: llevando un par de guantes de veinticinco céntimos, y con cierto aire de dignidad y de melancolía á tiempo, cádate un gentleman. Y no es poca suerte en un país en donde á menudo se juzgan las cosas por su apariencia y los hombres por la etiqueta.

He proporcionado ya á mis lectores el medio de que sean saludados por los policemen; pero me será mas difícil darles el de conservar su seriedad la primera vez que se encuentren en una noche de lluvia á algunos de esos incansables cazadores de *pick-pocket*. Toda, ó casi toda su persona, desaparece bajo la indefinible hopalanda, especie de caparazon, de estuche humano, prodigamente cortado en un espeso y burdo paño negro. El policeman está envuelto en él desde los pies á la cabeza, preservado de este modo del frío mas agudo: con este soberano arreo puede experimentar la temperatura del verano en Senegal.

La hupa tiene un cinturón que se estrecha mas ó ménos segun la coquetería del individuo, y de esta cintura pende...

— Una espada?

— No.

— Un par de pistolas?

— Tampoco. — No es sino una linterna encendida, lo cual, fuera del volumen, da á los policemen todo el aspecto de las luciérnagas en sus nocturnas y penosas escursiones.

Garantidos del frío con este traje, los policemen estarían aun espuestos á la lluvia si el gobierno de la graciosa reina no hubiese previsto todos los casos de intemperie. Darles un paraguas hubiera sido tan ridículo como molesto: además, durante la noche, este instrumento tiene todo el aire de una clava en la mano del que le lleva, y sería para la dignidad del pueblo inglés una especie de ofensa verse custodiado por bandas armadas. Para cortar el nudo gordiano del amor propio, lleva el policeman una esclavina de encerado que en torno del pescuezo toma la forma de una pantalla de lámpara que arroja la lluvia sin mojar al enmascarado, y para que este pueda cojer una córiza fuerza es que tenga un empeño especial en ello.

Si el sol muestra su rubicunda cabellera, — y el Times lo asegura alguna vez — se enrolla la esclavina-paraguas como un cuaderno de papel, y se la cuelga del cinturón para formar simetría con la linterna.

Aunque el policeman, en general, es de hábitos dulces y tolerante, hay ciertos puntos de su consigna con los que no transije. Ya hemos indicado el modo de conducir á la cárcel á los *pick-pocket*, — en las poblaciones comerciales se tiene tanto miedo á los cacos, como á los fósforos en las manufacturas de la pólvora fulminante, — pero si la policía inglesa se manifiesta justamente severa sobre este punto, no deja de ser menos vigilante respecto á las prácticas religiosas del domingo.

Es una hora imponente y solemne la de las doce de la noche del sábado al domingo. Todo se tranquiliza á su primer sonido: los treatros dejan caer el telón, las tiendas se cierran, los transeuntes rezagados precipitan el paso y la ciudad queda sumergida en una latarjía por espacio de veinticuatro horas.

Por todas partes reina un silencio de muerte semejante en algunos barrios al de un claustro de trapistas despues de maitines. Sin embargo, — ¡extraña anomalía! — el vicio vela, y él tiene sólo derecho de ciudadanía en aquella hora. También los cafés (tal vez porque son raros en Londres) participan de igual tolerancia.

Quedan abiertos toda la noche, pero con condiciones, que de ser defectuosas en su cumplimiento, ocasionarian la clausura de aquellos, amen de disgustos y molestias sin cuento para sus dueños. No se puede vender ni consumir, despues de media noche, una gota de aguardiente, ni de otro licor alcohólico só pena de que los policemen invadan al punto el café, y de atenerse los consumidores delincuentes á gravísimos contratiempos.

Este artículo de la ley inglesa nos pareció una impertinencia manifiesta y quisimos pasar por encima de ella.

Un sábado por la noche, — eran sobre las dos, — nos instalámos en uno de los cafés de *Hay-Market* resueltos á emplear todos los medios posibles para gustar el fruto vedado, porque queríamos tener una idea exacta de la conciencia de un cafetero inglés y saber á punto fijo por cuánto se compra á fuerza de regateos.

— Mozo!

— Qué se ofrece, caballero! (Esta respuesta se hizo esperar por espacio de diez minutos.)

— Un ponche!

— Caballero, son las dos.

— No pregunto la hora que es... sino que solicito al favor de un ponche, si no sirve de ofensa á vuestra señoría.

— Pero, señor, si hoy es sábado, ó mas bien dicho domingo, en vista de lo adelantado de la hora, y nos es imposible en estos momentos el servir mas que café, thé ó chocolate. En el ponche entra por necesidad una gran parte de aguardiente y...

— Bah! le echaré mucha agua.

— Caballero, es de todo punto imposible.

— Pues te prevengo que soy testarudo... Además, vete á buscar al dueño del café, acaso nos entendamos mejor.

Pásase una media hora y nuestra impaciencia era comparable á la de « sor Ana que nada veía venir. » Lo que aumentaba aun nuestro fastidio era que, avanzando siempre el tiempo, parecia casi imposible hacer comprender á aquellas jentes obstinadas que su reloj adelantaba y que apenas sería media noche.

Por fin llega el cafetero. Era un hombre repleto, orondo, con un par de carrillos reventando de salud, y con un talante afectuoso y seductor. Un presentimiento íntimo nos reveló que no estaba muy lejano el depósito de los licores y que, empleando la lisonja, poderosa ganzúa que abre todas las puertas, llegaríamos á triunfar de tan extraña resistencia.

— Es verdad, caballero, que á estas horas no se puede conseguir un ponche, en un establecimiento tan importante como el de usted?

— Ciertamente!... y que le hemos de hacer?... la ley es terminante y no seré yo quien la contravenga por el lucro de unos cuantos peniques.

— Sin embargo, me habían elojado cierto coñac...

— Ah! caballero, qué licor! le traémos del mismo Coñac!

— Ya! Como el aceite del mismo Oliva!

— Justo! respondió nuestro hombre que no

comprendió la pulla. Y vea usted, añadió, despues de haber pronunciado en inglés un párrafo de mas de treinta líneas de un infolio: vea usted, el deseo de hacerles probar un precioso elixir me está poniendo á pique de cometer una grande imprudencia. Qué diablo! me arriesgo á conceder el ponche, pero con una condicion...

— Con la condicion de que lo paguemos doble, no es verdad?

— Se entiende, pero no es eso todo... Yo mismo voy á preparar la bebida que serviré en una cafetera y usted beberá en una taza de café. Así se salvan las apariencias.

Dijo, y desapareció por una puerta escusada, en una especie de laboratorio que no dejó de escitar vivamente nuestra curiosidad. Y si hemos de ser enteramente francos, no dejó de inspirarnos cierto recelo la fórmula química de un líquido cuya preparacion requeria tan grandes precauciones. No hacia mucho tiempo que habíamos leído los misterios de Londres y no necesitábamos mucho mas para predisponernos á una pesadilla.

Empezaba á clarear el alba y no aparecia el ponche. ¿Qué hace ese diablo de alquimista en su antro misterioso, y por qué alambiques está destilando la bebida mas inocente y elemental? nos preguntábamos, é involuntariamente pasó por nuestro cerebro la imagen de un Borgia, de una Brinvilliers, de una M^{me} Lafarge y otros dignos escanciadores.

Entre tanto, empezamos á creer que nos habían olvidado y estábamos prontos á abandonar el campo, á pesar de la invencible curiosidad que nos clavaba en aquel sitio, cuando apareció de repente el cafetero.

— Ahora, nos dijo colocando sobre la mesa una bandeja cargada de tazas, es preciso tener mucho ojo con los policemen que pueden entrar como un relámpago, en cuyo caso no tienen ustedes mas recurso que beber de un trago todo el líquido de la cafetera.

— Diablos! pero será esa la última condicion que se nos impone? Porque confieso que desde hace dos horas que dura esta broma...

Los policemen! gritó de repente el cafetero y escamoteámos de un sorbo la bebida criminal. Pero sucedió que aquello no fué mas que una falsa alarma: un golpe de aire habia entreabierto la puerta y nada mas. Véase pues cómo en un país extranjero se hace uno demasiadamente crédulo, respecto á los usos y reglamentos de policía: no fuimos nosotros los únicos en ejecutar esta maniobra de súbita ingurgitacion: todas las tazas de nuestros vecinos, — compatriotas nuestros, — se levantaron y cayeron en sus platillos produciendo la armonía de un redoble, á semejanza del que se escucha á un peloton de la guardia nacional cuando el capitán grita: Descansen!... haurs!

— Qué tal! es bueno el ponche? nos dijo el dueño del café, repuesto de su terror.

— Maldito si lo sé! no me ha dado usted tiempo de saborearlo!

— Pues entonces, hay que traer otro.

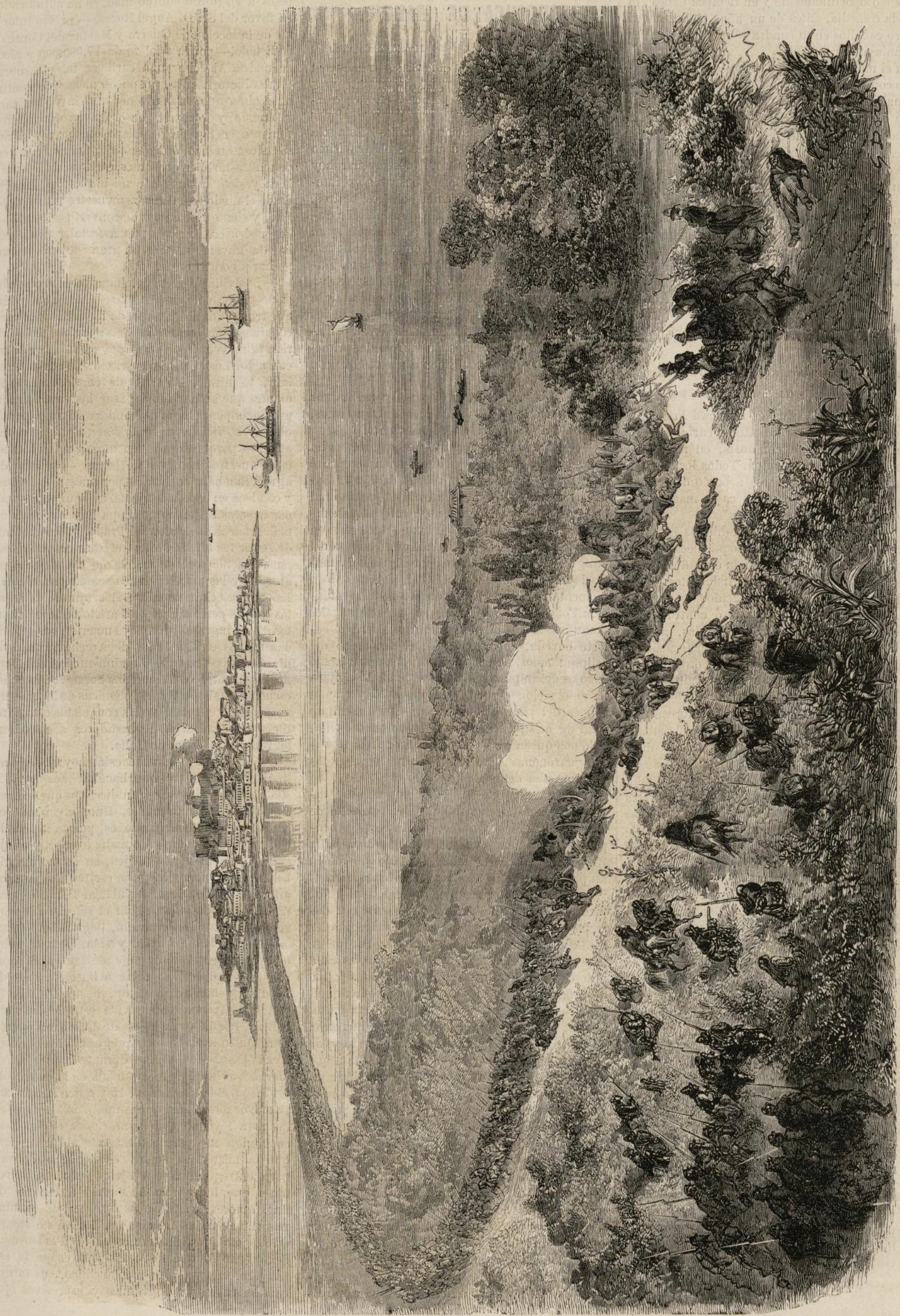
Y sin curarse de nuestro asentimiento, fuimos servidos de nuevo. Iba á reproducirse la misma escena; pero, habiendo olfateado la treta mercantil de nuestro escanciador, no quisimos caer segunda vez en el lazo. En vano gritaba una y otra vez: los policemen! nosotros nos obstinamos en beber á nuestro sabor paladeando lentamente el brevage.

— Pero, caballeros, por favor, beban ustedes, que se pierde mi establecimiento! Me lo cerrarán mañana y tendré que pagar una multa que me arruine: beban ustedes, por Dios, beban ustedes!

— Bah! arruinarse! no, no lo entiende usted, señor mio, y desde ahora le presagio que repre-



Aspecto del puente de un buque de la flotilla de refugio del Ringo, según el croquis de nuestro corresponsal M. Durand-Brager.



Costas de Italia.

El Vócer tirando sobre el fuerte.

Villa y fuerte de Milazzo.
Combate de Milazzo, el 20 de julio, según el croquis de M. Durand-Brager.

Islas Lipari.

sentando oportunamente y en tiempos dados, la pasada comedia, antes de un año, tendrá usted cuatro caballos en su cuadra y un *cottage* en las cercanías de *Cremorine*.

En el momento en que, después de haber pagado con usura, nos disponíamos á salir, un policeman, un real y verdadero policeman, se presentó en el café. Seguimosle con la vista y no sin cierta ansiedad porque con todas estas manipulaciones, estaba la atmósfera impregnada de un olor alcohólico altamente sospechoso.

Sin embargo, el policeman no tuvo ocasión de lucirse en la caza á pesar de su buen olfato. Pasó como una sombra callada por entre todas las mesas, y, concluida su ronda, dirigió al cafetero una larga mirada que evidentemente podía traducirse de esta manera: Cafetero, estoy contento de usted!!

ALBERTO DE LASSALLE.

(Trad. A. L. de B.)

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Mesina, 19 de julio de 1860.

La posición de Mesina es hoy casi la misma que en el momento de mi última carta. La ciudad espera los sucesos con ansia, en medio del terror de una próxima ruina. Todos los que han podido alejarse ó refugiarse á bordo de los buques lo han hecho; Mesina no es ya mas que un vasto cuartel.

Adjunto á mi carta algunos dibujos bastante interesantes, entre otros dos croquis hechos en el Ringo, arrabal de la cité en la ciudad acuática que sirve á gran parte de los habitantes. No se puede tener idea de este espectáculo.

Figúrense ustedes trescientas ó cuatrocientas barcas ó goletas de 150 á 200 toneladas, unas en buen estado, otras arruinadas, todas cubiertas de tiendas mas estrañas unas que otras, y que desaparecen casi bajo la inmensa cantidad de harapos colgados y tendidos al sol.

Aquí un pedazo de lona encerado cubre á una pobre familia amontonada en una frágil embarcación de pescador; allá algunos tapices ó cobertores ostentan en la popa de una goleta ó de un gran buque catalán el lujo de sus colores; acullá un buque de cabotaje ha desatado todas sus velas para poner al abrigo á sus huéspedes, y por do quier un lujo de chismes de toda especie, utensilios de toda clase, trastos de cocina, colgados aquí ó allá.

Viene en seguida un mundo de granuja, gritando, voceando y jimiendo á quien mas recio; después las madres de voz chillona y discordante: todas estas jentes viviendo en una espesa atmósfera de humo y de tufo de pescado, de ajo frito, de cebolla guisada, etc., etc., etc., capaz de hacer perder el olfato.

Si se quieren ustedes representar este cuadro, tendrán ciertamente una idea del conjunto que ofrece el Ringo: conjunto en apariencia bastante risible, pero en realidad muy triste, pues todas las miserias se encuentran allí reunidas.

Lo que hay de cierto es, que si dura mucho tiempo este estado de cosas, resultarán graves enfermedades, que vendrán á aumentar la plaga de la guerra.

En vano busco todos los medios posibles de ir á Milazzo ú á Barcelona; todas las vías se hallan cerradas. Espero partir sin embargo esta noche, á las diez, por un buque de pescadores.

Me han mandado á ofrecer el pasaje y me apresuré á aceptar; Dios quiera que esta vez logre mi intento, pues ya se me ha frustrado mas de veinte veces.

D. BRAGER.
(J. R.)

CRONICA DE MADRID.

Madrid, 28 de julio.

Apuros de un cronista. — Madrid en los baños. — Recuerdos del eclipse. — La corte en San Ildefonso. — Cuestión Rivadeneira. — Los Chinos en Cuba. — Nuevo templo al dios Marte. — Un grano de Anís! — Rubia y con ojos azules. — Proyecto de ensanche. — La prensa de Madrid. — Matices políticos. — Teatros.

Estamos en plena estación de baños! Esta sola frase hará comprender á ustedes el gravísimo apuro en que me encuentro al desempeñar hoy mi deber de cronista. ¿Dónde buscar algo interesante que referirles? Círculos políticos, teatros, tertulias, todo muere en la villa del madroño durante el período letárgico que atravesamos, y ni por un ojo de la cara se encuentra una noticia que valga la pena. Madrid *no está en casa*, Madrid ha salido á bañarse, y es preciso esperar su regreso para decir algo de él. — La capital de la monarquía española está hoy paseándose por las playas del mar cantábrico, envuelta en su peinador de franela: esperémos, pues, á que las primeras brisas de otoño la obliguen á buscar el rincón de la estufa.

Mientras esto sucede, preciso será contentarnos con referir lo poquísimo que ocurra entre nosotros, los pobres desterrados en Madrid vacío.

— El gran acontecimiento de la quincena ha sido el eclipse solar, cuya descripción suprimiré aquí, porque supongo á los lectores del *Mundo ilustrado* satisfechos hasta lo infinito de leer las mil detalladas observaciones que, profanos y hombres de ciencia, han dado á luz en estos días en todos los periódicos españoles. El ofuscamiento del amigo Febo vino á sacarnos por algunos instantes de nuestro marasmo habitual, y á prestar un momentáneo interés á la monotonía de la situación. Todos, chicos y grandes, armados de cristales amarillos, hemos dirigido nuestra visual á la celeste bóveda, curiosos de ver el fenómeno del eclipse: todos, malos y buenos, hemos separado los ojos del impuro barro del mundo, para fijarlos en el cielo; pero el fenómeno pasó, y tras el eclipse del padre de la luz, ha vuelto el eclipse total de acontecimientos en la coronada villa. Sólo nos queda la esperanza del congreso de sabios astrónomos, que dicen tendrá lugar en los primeros días del mes que viene.

— En tanto que la jente cortesana se divierte cazando en las frondas del real sitio de San Ildefonso, los periódicos de la corte se ocupan de la próxima escarcelación del señor Yáñez Rivadeneira. Este escandaloso asunto que fué en un principio el obligado motivo de todas las conversaciones, continúa envuelto en el misterio, razón por la cual todo el mundo se cree con derecho á lanzarse en el campo de los comentarios gratuitos. ¿Por qué se le encarceló? ¿Por qué se le pone en libertad? Á estas dos preguntas cada uno responde á su manera, y son tantas y tan absurdas las suposiciones que se hacen, que renuncio á la posibilidad de reasumirlas en esta carta.

— Si no fuera por miedo de meter la hoz en el árido campo de la política, hablaría á ustedes de la colonización de Chinos en Cuba, cuestión que en la actualidad ventilan algunos periódicos en sus columnas; pero este asunto es de suyo muy negro y demasiado grave para tratado por la ligera pluma de un cronista.

— El dios Marte, ese *padre del derecho* como dijo un célebre publicista, ese pícaro dios, bajo cuya ferrada clava se estrema la tierra, ese mitológico tagarote, por no llamarle otra cosa peor, que en todos tiempos y edades ha paseado el mundo sirviendo de auriga al triunfante carro de los conquistadores, va á tener un nuevo templo, digno de su fama, en la montaña del Príncipe Pio. El remate para la construcción de ese templo, que no me atrevo á llamar cuartel por res-

petos á su futura suntuosidad, se ha adjudicado en favor del Sr. D. Angel Rozas, — previo informe de la sección de Guerra y Marina del Consejo de Estado, — por la friolera de 17,000,000 y pico de reales. Al echar una cariñosa mirada sobre esta seductura cifra, no puedo ménos de sentir en el alma que vaya á tener una inversión tan infecunda, y de pensar con el mas profundo sentimiento en la vida de obispo que yo me daría si endosasen á mi orden semejante *bicoca*, en vez de malgastarla en erijir un santuario á la Fuerza. Diez y siete millones de mi alma! yo deploro desde el fondo de mi corazón vuestro futuro destino, y siento que en vez de convertirnos en tallados pedruscos, no vengais á fortalecer mi exhausta gaveta. ¡Ahí es un grano de anís lo que yo haría con vosotros!

— Las sillas del Prado, inmortalizadas por la docta pluma de nuestro *Curioso Parlante*, están que trinan por la ausencia de las bellísimas parroquianas que durante los días apacibles de la florida primavera *les dieron calor y vida* con su dulce contacto. Las sillas tienen razón. Yo en su lugar haría lo mismo. Familias de empleados, estudiantes que no han ido á pasar las vacaciones á provincia por echarla de hombres de tono, periodistas *franciscanos* y *garibaldinos*, *drusos* y *maronitas*, — porque de todo tenemos, gracias á Dios, entre nuestros hombres de letras, — artistas de aguja, llamadas costureras por nuestros abuelos, y cómicos en espera de ajuste, he aquí en resúmenes las cuentas la jente que ocupa hoy los abandonados muebles del salón del Prado. ¿Cómo no han de sentir las infelices sillas el estar ocupadas exclusivamente por esta mezcla de clases, que las aturden y las marean con su sempiterna charla? Las pobres echan de ménos el crujir de la seda, las estelas perfumadas y los aristocráticos palmitos de las ingratas que hoy sumergen sus mórbidas formas en las aguas de Arechavaleta ó de Biarritz, y bostezan de aburrimiento cuando, formadas en corrillos durante las horas de la noche, escuchan las soporíferas polémicas de los modernos solones, el relato de las conquistas estudiantiles, y las miserias de bastidores adentro que les refieren los hijos de Talía.

— Los ojos de los curiosos están hoy fijos en una lindísima extranjera que hace un mes llegó á Madrid á *tomar aires*, segun dicen los que se precian de mejor informados. Unos creen que es suiza, otros afirman que es polaca; pero lo cierto es que á punto fijo nadie lo sabe. Su lujo asiático, su misterioso origen, su extraordinaria belleza y su rara conducta, escitan hoy al mas alto grado la curiosidad pública. Todas las mañanas, poco después de salir el sol, pasa en carruaje por la calle de Alcalá, llega á la puertas del Buen-Retiro, se apea, y sola, siempre sola, desaparece entre el ramaje de las calles mas sombrías: el coche vuelve á buscarla á eso de las diez, y arranca á galope hasta el fin de la calle del Arenal, donde vive esta desconocida belleza. Por la tarde se repite la misma operación. Quién es *ella*? — se preguntan los curiosos á cada paso. — ¿Qué hace durante las seis horas diarias que permanece escondida en los mas ocultos bosquecillos del Retiro? Hay quien afirma con la mayor formalidad que es una *filósofa*, y que se las pasa leyendo los *Comentarios de César*. Esta suposición me parece altamente absurda, porque la misteriosa beldad es demasiado jóven para entregarse á tan serios estudios. Otros dicen que ha venido á Madrid á curarse de unos amores desgraciados, y que sus cotidianas visitas á las frondas del Retiro no tienen otro objeto que demandar consuelos á la soledad. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la extranjera, con su aire menlancólico, sus largos cabellos rubios y sus grandes y espresivos ojos

azules está dando que hacer á mas de un almirante. ¿Será una de esas universales heroínas que de vez en cuando aparecen en las capitales de Europa, rápidas cual lucientes meteoros, para dejar escrita en todas ellas una página de escándalo? Sólo Dios lo sabe!

— El ensanche de Madrid es una cosa ya resuelta. La capital de la monarquía española traspasará muy en breve los límites á que hoy está reducida, con gran placer de los propietarios que poseen terrenos en las afueras de la población, y no poco sentimiento de los que hayan de comprarlos por el céntuplo de lo que antes valían.

— La clausura de las cámaras y la falta absoluta de pasto político hacen que la prensa madrileña, apartándose de los elevados y nobles debates de los cuales debiera resultar el esclarecimiento de las cuestiones que interesan al bien común, se entretenga en estériles altercados, mas propios de traviesos escolares que de sesudos hombres que pretenden ser el eco de la opinión pública. ¡Triste cosa es que un día, y otro día, y siempre, veamos salir á colación en las columnas de graves periódicos la tan debatida cuestión de *matices y vindicaciones*. «Yo soy blanco, y tú negro.» — «Tú fuiste azul turquí, y luego te volviste verde rabioso.» — «Acuérdate de cuando eras castaño oscuro y no te jactes ahora de tu rojo subido.» — «Cállate, que tienes por qué.» — «No quiero, que más tienes tú.» — «Yo puedo llevar la frente alta sin tropezar en ninguna apostasia.» — «Mas alta puedo llevarla yo.» — «Mis hombres han sido unos santos.» — «Mejores han sido los míos.» — Hé aquí las interesantes cuestiones que todos los días ventilan acaloradamente los órganos del periodismo. Sacará de ellas mucho fruto el pacientísimo pueblo? A lo sumo, lo que el negro del sermón: la cabeza caliente y el corazón frío de todo sentimiento cívico.

— No quiero hablar á ustedes de teatros, porque este es otro asunto que también está hecho... un Dios me lo perdone. En mi próxima carta me ocuparé de los rumores que circulan respecto á las compañías que han de actuar en los del Príncipe, Jovellanos, Circo y Lope de Vega, como también de las escasísimas obras dramáticas que hilvanan á la sazón nuestros perezosos poetas para darlas en la próxima temporada cómica.

LUPERCIO.

ESPOSICION DE LA INDUSTRIA Y DE LAS BELLAS ARTES EN BESANÇON.

La exposicion de Besançon se recomienda por la multiplicidad de los productos que allí se ostentan. Hállase instalada en el vasto edificio del Mercado-de-Trigo; tres galerías sobrepuestas han sido construidas á la altura de las paredes interiores, lo que ha aumentado considerablemente el local. El golpe de vista del conjunto es muy satisfactorio; esta organizacion es debida á M. Delacroix, arquitecto de la ciudad, que es al mismo tiempo, sea dicho de paso, uno de los arqueólogos mas distinguidos del Franco-Condado. En el piso bajo figuran en aparadores elevados esos hermosos chales, esos preciosos encajes, esas ricas telas que causan admiracion á las señoras escitando su codicia.

La cerámica se halla representada de un modo muy brillante, no sólo por los productos parisienses, sino también por los de las manufacturas de Besançon que pueden rivalizar con los primeros. La industria local ha suministrado muebles de una elegancia exquisita y muy rica. Las confiterías de Besançon y de Dijon han espuesto todos sus dulces mas delicados. Las monjas de Nevers habrían estado muy contentas de teneros iguales para alimentar á su interesante Vert-Vert. Pero precisamente su bondad ha causado

su perdicion. Se habia contado sin sus huéspedes (como se dice en Francia), pues todas las ratas y los ratones del Mercado-de-Trigo los festejan á dos carrillos. Los ratones salen á comer delante de los espectadores como los pájaros de las Tullerías, y hemos visto algunos muy regordetes, lo que prueba que este régimen les es al menos tan favorable como el de los granos y las harinas.

Independientemente del obligado surtidor de agua, dispuesto en medio de la sala principal, esta esposicion posee también sus anexas ocupadas por máquinas de toda especie, entre las cuales nos han llamado la atención algunas bombas de incendio muy ligeras y muy sencillas, bombas domésticas que suben el agua por medio de un movimiento horizontal impreso á una especie de manubrio. Hay una nueva máquina para limpiar y encerar el calzado: una rueda-volante hace girar un cilindro al cual se hallan fijos dos cepillos circulares; uno sirve para quitar el lodo del zapato, el otro para encerarlo. Hemos visto magníficas muestras de la hermosa piedra del Jura que ha sido empleada en la construcción del puente de Solferino de París, y que se utilizará también para adornar el nuevo puente del Cambio.

Lo que llama mas la atención en las salas del primer piso, son los relojes de la Suiza, de la Alsacia, de París y de Besançon. Los inteligentes no se sacian de examinar esta parte de la esposicion y aplauden los progresos que hace este arte todos los días. Creeríase que todos los *coucou* (cuclillos) de la selva Negra se han dado cita para esta esposicion: toda una inmensa pared se halla cubierta de ellos y hacen un ruido verdaderamente infernal; como ninguno se halla arreglado, cada cual da la hora que le place, y á cada momento, se tiene el gusto de ver un hermoso pájaro que saluda desde una ventanilla, diciendo: «Coucou, coucou...» Estos relojes originales, de ruedas mitad de madera y mitad de cobre, se han vendido ya casi todos.

La esposicion de las Bellas-Artes se compone de las obras de los señores Gérôme, Diaz, Jeannency, J. Noël, Lenfant de Metz, Courbet, Meissonier, Biard, Couturier, A. Leleux, Magaud, Daubigny, A. Legras, Ceslestino Nanteuil, Bellangé y Corot, cuyos nombres inscribimos aquí segun nos vienen á la memoria y sin ninguna preocupacion de precedencia. *El Diógenes* de M. Gérôme, reproducido en el *Mundo ilustrado*, en su número 18, composicion llena de una gran profundidad de pensamiento, atrae la atención de los visitantes. Sucede lo mismo con los cuadros de Meissonier, con un hermoso y rozagante lienzo de Faustino Besson, que representa aquel episodio de las *Confesiones* de Rousseau en el cual se trata de las cerezas que Juan-Jacobo arrojaba desde un árbol á M^{lle} Galley. Un efecto de luna, de M. Daubigny, ha merecido también muchos elogios.

Desde ahora podemos anunciar un nuevo cuadro de M. Courbet. Sabido es que este artista nació en Ornans, cerca de Besançon, y que reside en aquella villa. Con motivo de la esposicion de que venimos hablando, algunos amigos suyos y algunas celebridades de la prensa parisiense han ido á visitarle á su retiro. Un amigo mio acaba de suministrar á este artista distinguido el asunto del nuevo cuadro de que hablábamos; hará éste simetría con el de *Buenos días, M. Courbet!* que figuraba en la Exposicion de 1855. Este amigo mio, portador de varias cartas dirigidas á M. Courbet y notablemente una de M. Champfleury, este otro *realista*, habia llegado á las once de la noche á Ornans, y no habia encontrado á M. Courbet; como debia tomar el día siguiente la diligencia de Pontarlier para ir hasta Suiza, no habia que escoger hora, y á las seis de la mañana, llamaba á la puerta de la casita de M. Courbet.

El artista, que despierta sobresaltado, se asoma á la ventana con el traje mas *realista* que pueda imaginarse, desarreglado el pelo, los ojos huraños, el *peplum* despechugado... *Buenos días, M. Courbet!* dice el visitante, le traigo á usted algunas cartas de sus amigos de París y vengo á hacerle una visita. Abreme usted pronto la puerta, pues va á partir la diligencia... — Paciencia, dice M. Courbet bostezando, permítame usted que me ponga un... — Notema usted nada, respondió el otro, no hay gendarmes, y no hace frío... Pero el artista, no queriendo seguir los consejos demasiado *realistas* del Parisiense, empleó algun tiempo en vestirse, en pasar un peine por su tupida cabellera é hizo perder la diligencia á su madrugador visitante. Es cierto que éste se halla ámpliamente compensado de su mala ventura: M. Courbet le ha mostrado su taller y sus mas bellas minifas de esbeltas formas, de lazos elegantes, de graciosos contornos, y su imaginacion se halla tan escitada que, hace dos días, me persigue por do quier para hacerme una descripción!

J. BAÏSSAS

(J. R.)

INAUGURACION DEL CAMINO DE HIERRO (FRANCO-SUIZO.

Neuchâtel, 24 de Julio.

Si ustedes no conocen todavía el *Val de Travers*, dignense tomar un billete en Lyon para Neuchâtel, salgan ustedes por la noche, y duerman tranquilamente hasta la pequeña ciudad de Salins.

Cuatro ó cinco horas de diligencia los separan aun de Pontarlier, pero pueden ustedes estar seguros de que llegarán despiertos, y ansiosos de reconquistar el mullido cojín del wagon.

Recorramos aun algunos kilómetros, una veintena á lo sumo, y tendremos á nuestra vista la Suiza al desembocar en el valle de *Joux*. Un paso mas, y ponemos el pié en el sagrado suelo de los suizos, de esos bravos hombres cuyo corazón y valor son tan grandes como pequeño su país. Las praderías y los bosques de la Helvecia nos indemnizan de la aridez que distingue á la parte francesa de este valle.

Sobre la rivera derecha del *Doubs*, y dominando el camino y el viaducto, encajonados, por decirlo así, en una profunda garganta, se elevan sobre las rocas los dos fuertes de *Joux*, célebres por la cautividad de algunos ilustres personajes, tales como Fouquet, Mirabeau y Toussaint Louverture. Estos fuertes dominan todo el valle: como su historia es demasiado conocida, no diremos de ellos sino que sus pintorescas formas preparan convenientemente el espíritu del viajero para admirar las bellezas del Val de Travers, cuya vista recomendé á ustedes al comenzar esta carta.

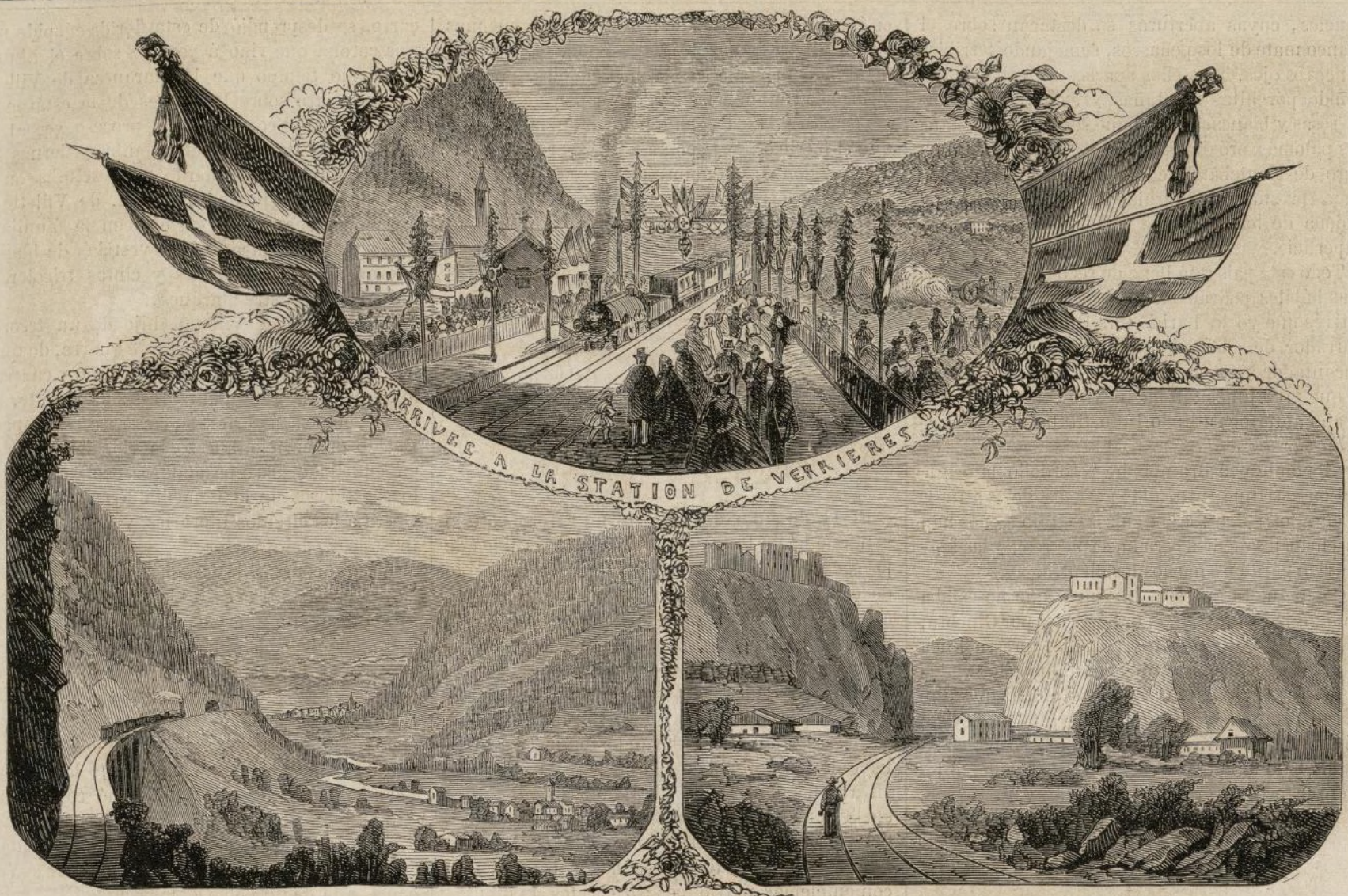
No me atreveré á describirselo con todos sus detalles, ni pretendo tampoco dar á ustedes una idea que, se aproxime á la realidad. Diré tan sólo que, á partir de las *Verrières*, pequeña aldea fronteriza, hasta Neuchâtel, se desciende constantemente por un plano inclinado, cuyo declive es en ocasiones de veinte milímetros por metro; que hay que atravesar once túneles, cuya longitud es de dos mil quinientos metros próximamente, que en el momento en que uno se cree perdido en las profundas gargantas por donde el camino se encuentra tallado en la roca viva, en que apenas se percibe el torrente *Areuse* que ruje en el fondo del precipicio, ni mas que un giron de cielo por entre las crestas de las rocas cubiertas de abetos, que parecen juntarse para cerrarnos el paso, una curva rápida viene á cambiar el punto de vista, mostrando al viajero la entrada de cinco



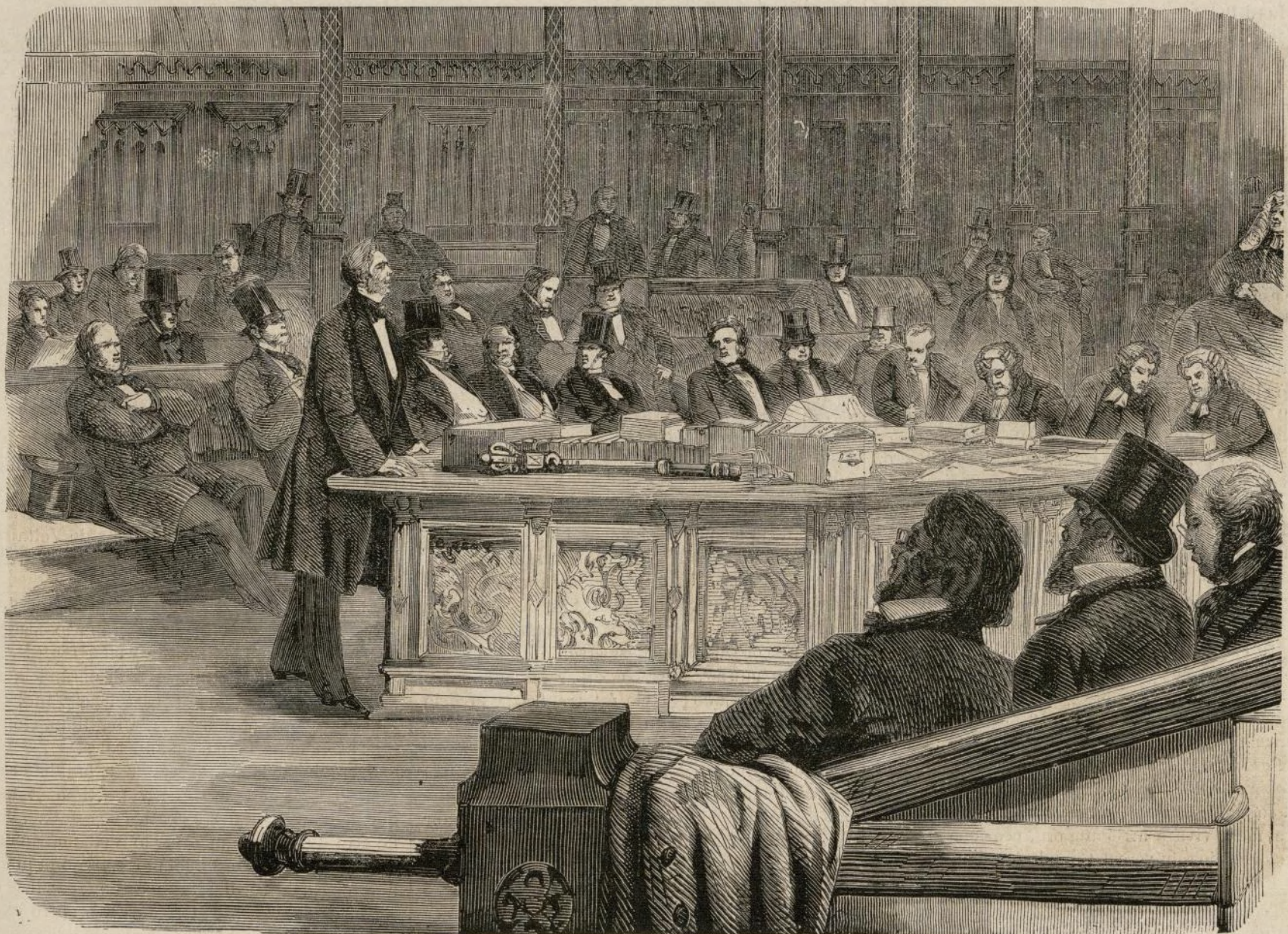
Retirada de las tropas napolitanas de Spadafora sobre Jesso, el 20 de julio, según el croquis de M. Durand-Brager.



Vista interior de la Exposición general de Besançon, según el croquis de M. Moullin.



Valle de Travers. Puerto de Joux.
Inauguración del ferro-carril franco-suizo, el 24 de julio, según el croquis de M. Moullin.



Sesión de la Cámara de los Comunes, el 24 de julio, en Londres.—Lord Palmerston en la tribuna, según el croquis del baronnet William Pekley.

túneles, cuyas aberturas se destacan sobre el blanco mate de los peñascos, semejanando terribles y negros ojos. Tras ellos aparece un valle riente, ceñido por altas montañas y sembrado de numerosas y blancas aldeas, que semejan otras tantas palomas próximas á bañarse en el espacioso lago de Neufchâtel, cuyas azules y tranquilas aguas prestan una singular majestad á la grande cadena de los Alpes que reflejan en su límpida superficie.

Todo este país está lleno de recuerdos que otros mas hábiles podrán referir á ustedes con mayor interés que yo lo haria. Ch. Brainne, el donoso narrador de cuentos, nos trazaba durante este encantador viaje el plan de un nuevo volumen, al que predijimos tan buen éxito como obtuvo en el año anterior su lindo libro titulado: *Baigneurs et buveurs d'eau*.

Al nombrar á Brainne he recordado la original manera que tuvo, días pasados, de reasumir la cuestion suiza: « Los suizos — dijo — nos han enseñado los dientes para hacernos reir, y las suizas rien para enseñarnos los dientes.

Como quiera que sea, la Suiza, que no estaba unida á la Francia sino por Basilea y por Ginebra, se enlaza hoy á nosotros por una tercera línea que será bien pronto frecuentada por los viajeros y por el comercio. Fáltanos añadir que este nuevo camino, cuyo punto mas alto se eleva á 950 metros sobre el nivel del mar, se ha construido bajo la hábil direccion de M. Ruelle, ingeniero francés de la línea de París á Lyon.

L. M. D'AGHONNE.
(Trad. F. de la V.)

LORD PALMERSTON EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES.

Lord Palmerston es en la actualidad una de las individualidades mas poderosas de la tribuna, uno de los caracteres mas enérgicos y flexibles á la vez que se hayan dado jamás en el manejo de los negocios públicos. Su vida entera no ha sido otra cosa que una lucha continuada, y hásele visto vencer cuerpo á cuerpo todas las dificultades de la diplomacia, y atravesar impávido por todas las borrascas políticas de su siglo.

Trazaremos aquí á grandes rasgos su larga carrera política á través de las vicisitudes y tempestuosas peripecias de la historia contemporánea, de esa historia en la que cada capítulo es una odisea, y en la cual el noble lord ha desempeñado siempre un papel activo. Su aparicion en la vida pública data de cincuenta años, cuando en 1806 fué elegido por la universidad de Cambridge como candidato tory, para reemplazar á M. Pett que acababa de bajar al sepulcro.

En 1807 pertenecía al consejo del almirantazgo, y en 1808 le encontramos en la secretaría de la guerra. Su nombre va unido á todas las grandes crisis que han agitado la Europa desde hace cincuenta años. La admision de la Bélgica en el rango de potencia independiente, la coronacion de Leopoldo, el afianzamiento en el trono de las reinas de España y Portugal, Doña Isabel y Doña María, la guerra de China en 1840, la entrega de Siria por Mehemet-Ali al sultan, etc., etc. son otros tantos acontecimientos donde figura su nombre y donde se encuentra su poderosa influencia.

Pero lord Palmerston no es solamente un gran hombre de Estado, un talento atrevido, y un político hábil; es tambien un gran orador. Su palabra fácil, viva y arrebatadora, ocasiona siempre una emocion universal. Cuando él habla, escucha la Europa entera.

Todo el mundo sabe el efecto producido por su ultimo discurso. — Mejor dicho: todo el mundo sabe este discurso de memoria. Nuestros cofrades

en la prensa cotidiana han reproducido sus mas significativos fragmentos, pesando las frases, comentando las palabras, sometiéndolos, por decirlo así á un análisis de microscopio.

¿Qué restaba para completar la suma de datos que el público recoje con avidez, sobre la tumultuosa sesion de la Cámara de los comunes? ¿Cómo volver á tratar de un asunto que, si bien interesante, está ya agotado hasta lo infinito? El único partido que nos quedaba, era abordar la cuestion por su lado puramente pintoresco, presentando en un grabado la sala del parlamento inglés, en el momento en que lord Palmerston pronuncia su discurso.

HALBEER.

(Trad. F. de la V.)

CRÓNICA DE TRIBUNALES.

El 11 de julio de 1791 un numeroso cortejo venia de hácia la Bastilla recorriendo la línea de los *boulevards*. A la cabeza iban un destacamento de caballería, los zapadores, los tambores, los artilleros y los alumnos jóvenes de la milicia nacional: además, una diputacion de los diferentes colejos, otra de cada batallon de nacionales, las sociedades patrióticas, un grupo armado de los fuertes de la Alhóndiga, los ciudadanos de Varennes y de Nancy llevando imágenes en relieve de Voltaire, de Juan Jacobo Rousseau, de Mirabeau y de Dillies, los jornaleros empleados en la demolicion de la Bastilla, los ciudadanos del barrio de San Antonio, en cuyo centro iba una ciudadana con traje de amazona, otros grupos con emblemas patrióticos: tras estos, la diputacion de los teatros, precediendo la estatua de Voltaire y en torno de pirámides cargadas con medallones en que estaban inscritos los nombres de las principales piezas del ilustre escritor. Su estatua de oro coronada de laurel era llevada en hombros de algunos mancebos vestidos á la antigua. Venian en seguida los académicos y los literatos con un cofre de oro que contenia los setenta volúmenes de la edicion Kehl, regalo de Beaumarchais. Por último, precedido de una orquesta vocal é instrumental, se veía arrastrado por doce caballos el carro que llevaba el sarcófago con el ataud del grande hombre.

La parte superior del carro remataba en un lecho fúnebre, en donde aparecia acostado el filósofo en cuya frente ponía la fama una vistosa corona. El sarcófago estaba adornado con las siguientes inscripciones:

Vengó á Calas, á La Barre, á Sirven y á Mont-hailli.

Poeta, filósofo, historiador, soltó su vuelo al espíritu humano preparándonos á ser hombres libres.

Inmediatamente despues marchaban la diputacion de la asamblea nacional, el departamento, la municipalidad, el Tribunal de Casacion y otros jueces de París, el batallon de veteranos, cerrando la marcha un cuerpo de caballería.

En el programa primitivo, debía acompañar al carro un coro de doncellas personificando las artes y las musas; mas como por la mañana se hubiese desgajado el cielo á torrentes, se prefirió dejar á las musas en sus casas á llevarlas cubiertas de lodo por las calles.

Esta ceremonia, decretada por la asamblea nacional, tenia por objeto la traslacion de las cenizas de Voltaire al nuevo Panteon erijido en honor de los grandes hombres.

Habianse establecido descansos en varios puntos del camino que debía recorrer el cortejo. Uno de ellos estaba en el muelle de Voltaire, delante de la casa del marqués de Villette, y tenía un dosel tejido de rosas y laureles. Al pasar el

carro, se desprendió de esta florida cúspide una rica corona que vino á posarse sobre el ataud, al mismo tiempo que la marquesa de Villette colocaba otra sobre las sienes de la estatua de oro: « Veíanse correr, dice el proceso verbal, de los ojos de esta señora abundantes y tiernas lágrimas, hijas del recuerdo que escitaba en su corazon esta ceremonia. » Mma. de Villette se agregó en seguida al cortejo con la familia de Calas y algunas otras damas vestidas de blanco, adornadas con cinturones y cintas tricolor, se unieron á la ilustre marquesa.

El marqués de Villette, hijo de un tesorero de la seccion extraordinaria de guerra, de quien heredó el marquesado de nuevo cuño y cuarenta mil escudos de renta, el marqués de Villette, decimos, empezó á abrirse su carrera con la espada. Dejado el servicio, abrazó la vida de los nobles en aquella época, pasando respectivamente de los bastidores de la Comedia Francesa y de la Ópera á los círculos literarios y á los cenáculos filosóficos, del tocador de Sofía Alnould y de Mma. Raucourt á los salones de Helvecio y de Voltaire. El patriarca de Ferney habia conocido íntimamente á la madre del marqués de Villette, y cobrando cariño al hijo, le sirvió de mentor en sus ensayos literarios. El grande hombre se dignó elojiar los versos que hacia su discípulo llamándole el Tíbulo de Francia. Verdad es que en la misma época tambien habia apellidado Tíbulo á Parny. Durante todo el tiempo que habitó la quinta de Ferney, el marqués de Villette fué constante en tributar obsequios y consideraciones á su Mecenas, y allí fué donde el marqués vió á una protegida del patriarca y de Mma. Denis, á la señorita Varicourt, hija de un noble de la vecindad.

Este hidalgo era pobre: cargado de diez hijos, habia aceptado en favor de su hija la generosa hospitalidad de Mma. Denis. La jóven de Varicourt, por su hermosura, por su modestia, por su gracia, por su bondadoso corazon y por su esquisito talento, se habia granjeado el afecto de sus huéspedes. Voltaire era amigo de amasar matrimonios. Púsosele en la cabeza que habia de unir á su jóven favorito con la señorita de Varicourt. Dotóla, la hizo presentes de diamantes y encargóse por sí mismo del canastillo de boda, en el cual aseguran que colocó á guisa de epigrama el libro de gastos diarios: de este modo llegó á ser marquesa de Villette la Linda y Buena, — que con este nombre era conocida en Ferney la señorita de Varicourt.

Cuando Voltaire volvió á París, fué á hospedarse en casa de los nuevos desposados. En la célebre representacion de *Irene*, Mma. de Villette estaba sentada á su lado, y ella fué quien puso en su frente la corona presentada por Brizard. A la muerte del grande hombre, el marqués de Villette le hizo embalsamar y recibió su corazon, que mandó guardar en una urna. Esta prenda fué trasladada del palacio del muelle de Voltaire á la quinta de Ferney, y devuelta despues á la de Villette, en donde existe al presente.

El marqués de Villette fué el promotor de la ceremonia descrita mas arriba y murió dos años despues á la edad de treinta y siete escasos. Fué uno de los jueces de Luis XVI, declarándole culpable, y sentenciándole á cárcel perpétua, pero prorrogando su última pena. Una diputacion de la convencion asistió á sus funerales.

Sobrevivió la marquesa, cuya familia era de una nobleza mas antigua y próxima al trono que la de los Villetes. Seis tíos suyos, caballeros de San Luis, habian asistido á su matrimonio. Uno de sus hermanos habia arrostrado la muerte á la puerta de las habitaciones de Versalles, defendiendo la vida de la reina. Otro entró en las órdenes religiosas y murió obispo de Orleans. Tal familia, tales acontecimientos, el espectáculo de

los escesos revolucionarios, no tardaron en arrastrar á Mma. de Villette en una corriente de ideas muy distintas de las de su marido, y voló á riesgo de su vida á la Conserjería á prestar sus cuidados á la infeliz María Antonieta; y cuando el cadalso reclamó otra nueva y augusta víctima, aquella noble señora enseñaba á orar por ella á sus tiernos hijos. « Recuerdo todavía, escribe éste, que mi querida madre nos hacia poner de » hinojos, á mi hermana y á mí, y juntando nues- » tras manecitas, repetíamos estas palabras que » ella nos dictaba :

» Dios mio, protejed á Madama Real : Mada- » ma Real, protejednos á nosotros ! »

El que escribió tan tiernas palabras ha fallecido hace algunas semanas.

Nuestros lectores habrán visto en las sombrías naves de las catedrales las acostadas estatuas de los antiguos caballeros : no se diría sino que cruzando sus dedos ruegan todavía por su Dios y por su rey. Tal aparece á nuestros ojos el último marqués de Villette. Sus sentimientos acendrados, la exaltación de su culto á los que consideraba como sus príncipes, le colocan entre los antiguos tiempos de la monarquía. La divisa de familia : « *Sempre Villette, sempre fiel!* » tenía en su mente una interpretación conforme á las tradiciones maternas. Su fidelidad á la primera rama de los Borbones no sufrió nunca menoscabo, antes por el contrario fué inmensa, constante, como su odio á los enemigos de esta ilustre raza. Para este varón justo, transijir con éstos era una traición, y entre sus mayores penas debe contarse la que le causó la noticia de una reconciliación, de una fusión, por servirnos del término consagrado al efecto, verosímil entre las dos ramas.

Habia sido caballero del duque de Borbon : persuadido de que los bienes del último de los condes se habían distraído de su destino, concibió el pensamiento de reparar, según sus facultades, la brecha abierta en los intereses de la primera rama de los Borbones.

Fué constante en su idea hasta la hora de morir ? Tal es la cuestión sometida en estos momentos al Tribunal de Clermont.

El último marqués de Villette dejó un testamento del tenor que sigue :

« Muero en el gremio de la Iglesia católica, apostólica, romana.

» Instituyo por heredero universal, en toda propiedad, á mi caro y antiguo amigo, el conde de Brezé, obispo de Moulins, hermano del compañero de toda mi vida, el marqués de Brezé, antiguo par de Francia.

» En el caso de que el señor conde de Brezé no quiera, ó no pueda, hacerse cargo de esta herencia, doy el mismo título en toda propiedad, á mi caro primo Eugenio Felipe Leon Cordier de Montreuil...

» El ajuar de muebles y los objetos de arte que existen en la quinta no podrán ser vendidos, sino conservados en su lugar, mientras la citada quinta permanezca en poder del heredero universal... »

(Siguen las mandas particulares.)

El testamento está fechado el 8 de abril de 1859: un codicilo del 27 de mayo siguiente nombra por heredero, en vez de M. Leon Cordier de Montreuil, á su hijo Alfredo de Montreuil.

Los Sres. de Montreuil sostienen que Monseñor el obispo Moulins no es sino el testaferro del conde de Chambord y que éste, por la ley de 1832, está incapacitado para adquirir bienes en Francia, y que por lo tanto la cláusula que contiene el fideicomiso en su favor debe ser anulada.

No cabe la menor duda en que en cierto período de su vida el marqués de Villette se propuso dejar sus bienes al conde de Chambord. Este pensamiento está por él emitido repetidas veces de la

manera mas eficaz y terminante. Véase aquí una prueba :

« No tengo hijos: dejo algunos bienes: dignaos » pues, Monseñor, acoger la ofrenda: de hinojos » me atrevo á dirijiros esta súplica. Es la única » prueba de fidelidad que puedo dar á V. R. A. » Es el consuelo de mis últimos días de existencia. Oh ! no desoigais los respetuosos ruegos del » mas apasionado súbdito de Vuestro Augusto » Abuelo ! Mi hora postrera será bien amarga si » no aceptais benévolamente mi humilde oferta. » Monseñor, dignaos no rehusarme esta merced. »

Inquieto con la incertidumbre de si serian ó no aceptados sus ofrecimientos, se pone en camino, se presenta en Goritz para renovarlos en persona y vuelve loco, ébrio de contento, porque el príncipe le escuchó sin responderle de una manera negativa.

« Un rayo de ventura ha venido á iluminar mi » existencia, esclama el leal servidor. S. A. R. » Madama, S. M. la Reina han tenido la digna- » ción de aceptar en vuestro nombre, Monseñor, » y de empeñarme en el mismo concepto vuestra » real palabra. Oh ! Monseñor, no es verdad que » os placera cumplirla?... »

... » Ayer os ví, Monseñor, volveré á veros esta » noche, y entre tanto me ocupo de vuestra au- » gusta persona en quien pienso incesantemente... Yo, modesto y humilde hidalgo, me he » acercado, he visto volverse á mí los ojos que » sólo debían fijarse en mas altas grandezas ! »

» Monseñor, yo me acerco á vuestros piés y des- » de el fondo de mi corazón sello todavía mis la- » bios en esa mano que os dignásteis darme á be- » sar ayer cuando vinísteis á ver á vuestro leal » Villette. »

Y no se crea que estos sentimientos son hijos de un entusiasmo pasajero y baladí, ni de un arranque ardiente y efímero que se disipa ante la razón cediendo su lugar al arrepentimiento. No. En el transcurso de diez años se acrece mas cada día la exaltación del marqués de Villette, llegando hasta el delirio.

Habia recibido algunas cartas afectuosas del conde de Chambord : tenía tambien otra de la duquesa de Angulema, en la cual esta princesa, dándole las gracias por un cuadro de que la habia hecho presente, le anuncia que bordará de su propia mano un sillón para su sala de recibimiento. Preocúpase con la idea de que la muerte, helando su mano y su corazón, le arrancará esas cartas, su mas preciado tesoro, é intenta vencer al mismo destino : no, la muerte no le despojará de estas prendas idolatradas.

« Ordeno, escribe, que la carta que mi augusta » y adorada María Teresa de Francia se dignó » escribirme, lo mismo que la primera y la última que recibí de mi amado príncipe Enrique de » Francia, se encierren en un estuche de oro bien » soldado por el medio, que tenga abajo una » alfilereta moviéndose por un eje de tornillo, y » esta abertura la dimension de mi costado, el » cual despues de mi muerte será abierto junto » al corazón, al que se remachará el estuche en » donde deben encerrarse tambien un par de rizos » de estos dos adorados personajes. En su cubierta se grabará esta inscripción : « mis prendas mas dulces y queridas. » De este modo se » conservarán siempre sobre mi corazón estos idolatrados objetos... »

Y qué ? El hombre en quien escitan una especie de frenesí los sentimientos realistas, el antiguo servidor de la casa de Borbon, quien acompañó en sus últimos momentos al duque de Berry, quien agotó todas sus lágrimas sobre el ataúd del príncipe de Condé, quien se ofreció en rehenes de la duquesa de Berry, prisionera en Blaye, quien, según él mismo escribe, confundía en su alma el nombre de Enrique con el nombre de

Dios, quien, idólatra de su rey, le suplicaba de rodillas que aceptase el óbolo de su súbdito fiel, esto es, sus cuatro millones, — le habia de desheredar sin motivo alguno ? Y por quién ? por un hombre, respetable sin duda, pero que no ocupaba en su corazón sino un lugar muy secundario ! Tal es la imposibilidad moral, con que, á nombre de los Sres. de Montreuil, combate el jurisconsulto Marie el legado hecho á Monseñor el obispo de Moulins, legado en que no quiere ver mas que un fideicomiso.

Los abogados Berryer y Plocque replican á su vez produciendo testimonios numerosos de la amistad del marqués de Villette por M. de Dreux-Brezé : recuerdan el juramento del prelado y del caballero, palabra sagrada, cuya veracidad no puede ponerse en tela de juicio : esplican las nuevas disposiciones de M. de Villette por la incertidumbre que atosigaba á éste relativa á la aceptación del príncipe, y acaso tambien por la indignación á que le movian los proyectos de fusión entre las dos ramas y el recelo de que sus bienes fuesen un día á parar á manos de una familia que aborrecia de muerte : por último, estigmatizan la conducta del padre de Montreuil, quien, en su juicio, abusó de los secretos fiados á su honor y trocó su calidad de albacea en un arma para combatir la misma voluntad del testador.

Tal es someramente la esposición de este debate, grande por los nombres que en él figuran, por los recuerdos que suscita, por la persona y carácter del difunto, y por el talento de los tres célebres jurisconsultos á quienes las partes interesadas han confiado la defensa de sus derechos.

¿ Qué suerte está reservada á la finca y á las armas de los Villette ? ¿ El corazón de Voltaire, prenda comprendida entre aquellas cuya enajenación vedaba el testador, quedará vinculado en la familia, ó pasará al patrimonio de Monseñor el obispo de Moulins ? En la próxima crónica se lo manifestaremos á nuestros lectores.

La esperanza que formulábamos relativa al infeliz Durrieu ha salido tristemente fallida, habiendo sido condenado á cuatro años de cárcel. Donde termina la justicia, debe empezar la compasión. No sería ahora oportuno dar algunas representaciones del *Marido de la viuda* ? Qué opina la administración del *Teatro Francés* ?

PETIT-JEAN.
(A. L. de B.)

La traducción del *Mundo ilustrado* se hace bajo la dirección del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

IMPORTANTE

A fin de que los suscritores del *Mundo ilustrado* tengan completos los 52 números que deben formar el tomo correspondiente á 1860, la Empresa, que por circunstancias ajenas á su voluntad no pudo comenzar la publicación del periódico en primero de enero, dará cinco números extraordinarios en los cinco meses que faltan hasta el treinta y uno de diciembre.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELADO,

en

MADRID,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

DEPOSITO

en

PARIS,

calle de S. André des Arts, núm. 47.

Paris.—Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bourdilliat, 15, rus Breda.

